

Tres frailes en el camino real de Nicaragua

Jaime Incer Barquero

Reproducido de *Viajes, Rutas y Encuentros (1502-1838)*, pp. 209-245, San José, C.R.: Asociación Libro Libre, 1989.

CAPITULO IX

—Transición social entre dos siglos. —La primera geografía. Crónicas de un holandés. —Pueblos y gentes observados a lo largo del camino por un franciscano, un carmelita y un dominico renegado. —Importancia etnológica, económica y social de las narraciones.

No ha sido posible encontrar nuevas crónicas sobre los viajes y descubrimientos en los 40 años que siguieron a la exploración del río San Juan. El espíritu aventurero de los primeros tiempos de la conquista había perdido su impulso, las novedades sobre la tierra conquistada estaban agotadas y las turbulentas disputas sobre la posesión de territorios e indígenas fueron calmándose en la medida en que envejecía el siglo XVI.

Para entonces un buen número de los primeros conquistadores de Nicaragua se había marchado en busca de tierras más prometedoras; también habían fallecido aquellos pioneros que se establecieron en León o en Granada, dejando el lugar a los pocos hijos criollos, descendencia española nacida en el país, así como al creciente número de mestizos que fueron los primeros frutos de la fusión de ambas razas.

Los indígenas cambiaron igualmente, obedientes a los nuevos amos y sumisos a las leyes y creencias impuestas. Nuevas ordenanzas vinieron a suavizar el trato y garantizar la sobrevivencia de la raza nativa. Aunque tardías, lograron detener el caudal de abusos de los primeros años de la conquista, pero dejando siempre a la población indígena sometida a la dependencia hispánica.

León y Granada permanecieron como las únicas poblaciones hegemónicas de la provincia de Nicaragua, disputándose desde entonces el poder español; la primera como sede del gobierno y la segunda como puerto lacustre de cierta relevancia comercial, con vía directa a las otras poblaciones españolas alrededor

del Caribe. La incipiente administración de la provincia descansaba sobre una simbiosis conveniente entre los poderes civil, militar y religioso.

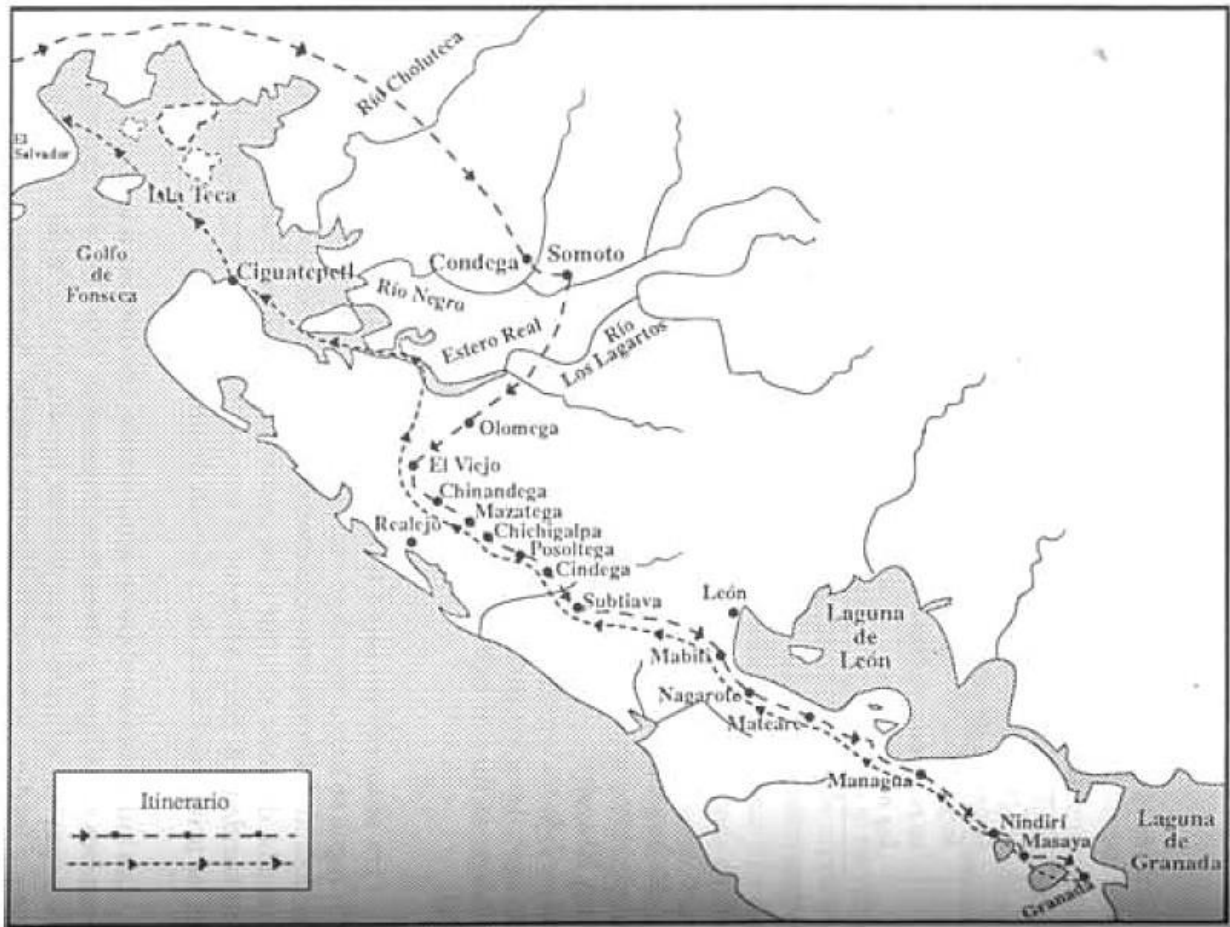


Figura 25. Itinerario de Fray Alonso Ponce por Nicaragua en 1586.

Con la introducción del ganado vacuno y de otros productos traídos del viejo mundo, además de los cultivos nativos, se hizo necesario que algunos colonos españoles tuviesen que relacionarse con la vida rural, pero sin renunciar a su condición de amos y terratenientes por un supuesto derecho heredado por sus antepasados durante la conquista. De este modo quedó institucionalizada una relación de dependencia social y económica con la población indígena y aún con la mestiza, relación que se prolongaría por los siguientes siglos en favor de sus descendientes legitimados.

La población hispánica en Nicaragua afinales del siglo XVI no sobrepasaba de 500 habitantes, según lo anota Juan López de Velasco en su Geografía y Descripción de las Indias. Casi toda estaba confinada en los dos pueblos hegemónicos, con algunas excepciones en las minas de Segovia, en Nueva Jaén y el puerto de El Realejo. La gran mayoría eran encomenderos, los demás tratantes, mineros, armadores, etc. La crianza de ganado estaba confiada a los

mestizos, como la labor de la tierra y las artesanías a los indígenas que pagaban tributos en especies.¹

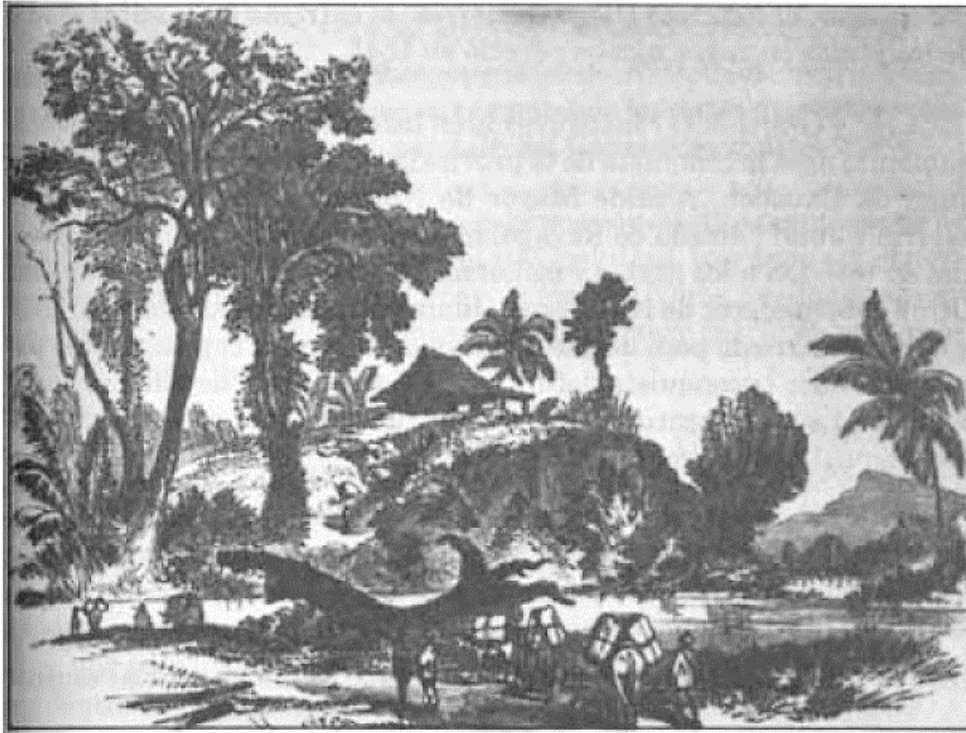


Figura 26.- El Camino Real cerca de Nagarote, recorrido y dibujado por Squier en 1849-1850.

La expansión geográfica para colonizar el interior del país no disponía de gente y no pareció tener justificación más allá de controlar, en la región del Pacífico y en los otros puntos mencionados, los territorios tan tenuemente asegurados, confiando en la sumisión de los indígenas, una tarea casi siempre encomendada a los frailes. Por otra parte, no valía la pena correr el riesgo de poblar las regiones montañosas donde habitaban los temidos Chontales, con mucho menor razón las impenetrables selvas, de gran peligro y poco oro, que se extendían hasta la Mar del Norte. Aún el mismo celo religioso, ansioso por rescatar tanta alma infiel, no se sintió estimulado sino hasta las postrimerías del siglo, o principios del siguiente, para buscar conversos más allá de los pueblos originalmente conquistados.

Una excepción fue la exploración del vecino territorio de Costa Rica, cuyo acceso quedó facilitado con la apertura de la vía fluvial del San Juan. Una nueva frontera de conquista y aventuras se abrió, en efecto, durante la segunda mitad

¹ Dan Stanislawski: *The Transformation of Nicaragua: 1519-1548*. Ibero-Americana. Vol. 54. University of California Press, 1983.

del siglo XVI hacia Costa Rica, hasta entonces un territorio ignorado y remoto, de donde procedían rumores de gran riqueza de oro. La conquista inicial la había echado a perder su primer gobernador, el codicioso Diego Gutiérrez, al extremo de suscitar el odio de los indios en cuyas manos pereció en 1545.

León y Granada se constituyeron en los centros de apoyo y aprovisionamiento para la conquista de la provincia vecina. De ahí partió en 1560 Juan de Cavallón, Alcalde Mayor de Nicaragua, en sociedad con el ex—fraile Juan Estrada de Rávago, habiendo retornado con poco provecho en relación a los gastos y esfuerzos que empeñaron en la empresa. Otros gobernadores de Nicaragua, Juan Vázquez de Coronado en 1570 y Diego de Artieda poco después, obtuvieron sendas capitulaciones para emprender la conquista definitiva de Costa Rica y dejando sus posiciones en León se aventuraron al sur del río San Juan, pero sus acciones escapan del marco geográfico de Nicaragua.

Pueblos de la provincia a fines del siglo XVI

El cosmógrafo Juan López de Velasco logró compilar entre 1574 y 1596 la más completa relación sobre el estado de las provincias españolas del Nuevo Mundo. En su libro, mencionado atrás, dedica varias páginas a inventariar la de Nicaragua, resumiendo los datos más relevantes que de ella logró obtener por mandato del Consejo de Indias.

Para entonces los términos de la gobernación de Nicaragua se extendían desde el golfo de Nicoya hasta el río Choluteca, cerrando por el norte y el este con el río de Segovia (Coco) y la Mar del Norte, quedando abierto el límite por el sur, 1...1 a causa de no estar muy descubierta la provincia de Costa Rica".²

López de Velasco afirma, refiriéndose a León, Granada, Nueva Segovia, Nueva Jaén y la villa de El Realejo que: "Hay en esta gobernación cinco pueblos de españoles, y en todos como trescientos cincuenta vecinos españoles, y cantidad de pueblos de indios, aunque de los que son no se tiene relación entera". En efecto, enumera este cronista 202 asentamientos indígenas que pertenecían a las jurisdicciones de León y Granada, en una lista donde aparecen algunos pueblos con nombres similares, aún dentro de la misma jurisdicción.

Sobre el clima y producción del país el mismo autor señala que aquel era de caluroso temple por su vecindad al Mar del Sur, aunque en ciertas partes hacía frío. Casi todo el territorio era llano, surcado de caminos que se volvían intransitables en tiempo de lluvias. Menciona que la tierra era fértil y muy abundante en maíz, cacao, algodón y toda suerte de alimentos, salvo el trigo que no se daba y algunas frutas de España, pero sí higos, granadas y hasta buenas

² Esta y las siguientes citas son tomadas de la obra de López de Velasco

uvas. La vid se cultivaba en Granada —hasta dos cosechas al año, según el obispo García Pelaéz de Guatemala— y las uvas eran tan buenas que competían con las viñas peruanas.³

La ganadería vacuna estaba floreciendo y se criaban también muchos

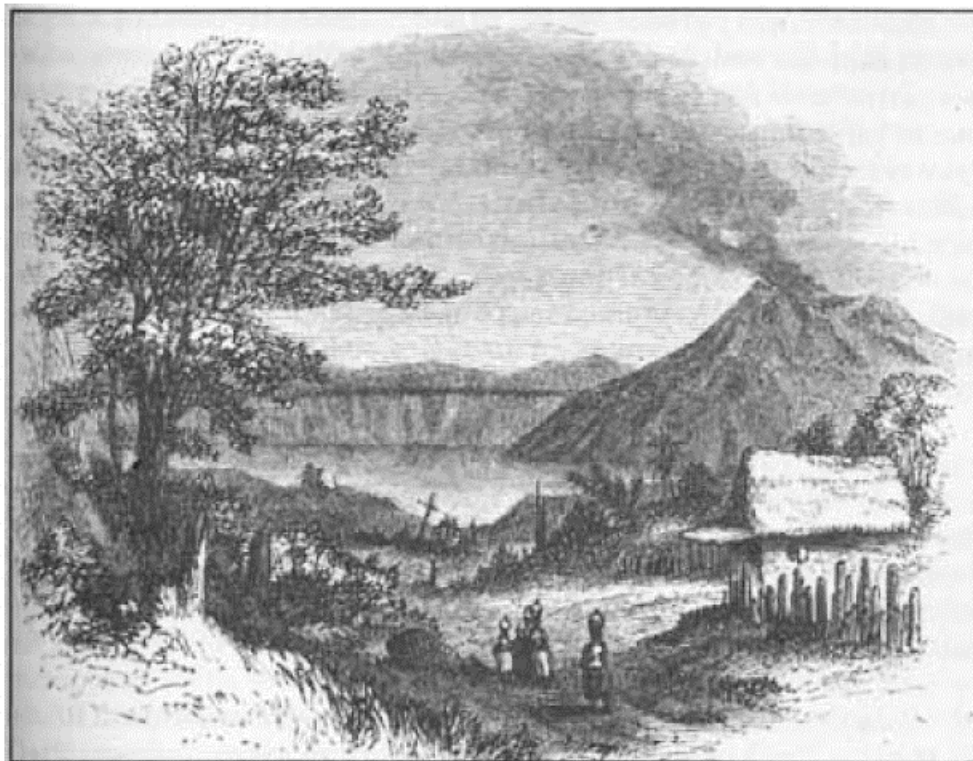


Figura 27.- La laguna y el volcán de Masaya eran vistas obligadas para los viajeros que transitaban por el Camino Real a la salida de Nindirí. (Squier).

puercos, pero no cabras ni ovejas. Sobre el comercio de la provincia López de Velasco señala: "[...] provéese de mercaderías y cosas de España, por la mar del Sur, de Panamá, y también, aunque no tanto, por el Puerto de Caballos, (en la costa norte de Honduras), y por el Desaguadero: del Nombre de Dios para Granada, tiene en la mar del Sur cinco puertos".

León seguía siendo sede de la gobernación, sirviéndose de El Realejo, distante doce leguas, como puerto. En aquella población vivían 150 españoles, la mayoría encomenderos, según López de Velasco, y unos 5,500 indígenas repartidos en un centenar de pueblos dentro de su jurisdicción. Contaba además con Gobernador, Caja Real, Iglesia—catedral, (erigida en 1537), y el monasterio de La Merced; el resto, "[...] casas razonables de tapias y adobes, porque no hay piedra ni cal, aunque hay mucha madera". E temple de la comarca lo describe

³ Los vecinos de Granada protestaron contra las ordenanzas de 1595 que prohibían el cultivo de la vid, la mora, el olivo, el lino y la crianza de ganado lanar en las colonias.

como cálido, la tierra toda montosa, con muchos ríos y lluvias, cultivándose principalmente el maíz, el cacao y el algodón. Los españoles se servían también de los abundantes pescados en el lago y se entretenían en la costa cazando lagartos.

A 16 leguas al este de León se encontraba la más próspera población de Granada, que contaba con 200 vecinos españoles y 7,000 indios tributarios, repartidos en otro centenar de pueblos circundantes. Entre sus producciones se mencionan el maíz, cacao, algodón, miel, cera y "[...] otros mantenimientos y comidas", además de la rica pesca en el lago. La tierra era más caliente que fría pero fértil y abundante en cultivos.

La maldición que supuestamente pendía sobre León después del asesinato del obispo Valdivieso, el traslado de la silla episcopal a Granada, los sismos que la asolaron en 1578 y 1594, favorecieron a esta última población. Gozaba Granada además del auge comercial que le daba su salida al mar del Norte a través del lago y el río San Juan. Barcos procedentes de Nombre de Dios atracaban frente a su costa lacustre, "[...] a donde van y vienen con fragatas, que se hacen muchas en esta laguna, aunque la navegación della hasta la Mar del Norte no se tiene por muy segura", escribe Velasco. Para entonces el pirata Drake y otros corsarios merodeaban por la desembocadura del San Juan.⁴

El tráfico de Granada, sin embargo, no suplantó al realizado a través del puerto de El Realejo, que tenía un acceso más directo a Panamá y Perú, lugares que se abastecían de los hilados, mecates, cueros, sebos, miel, resinas, etc., procedentes de Nicaragua.

De menor importancia eran los establecimientos de Nueva Segovia y Nueva Jaén, también mencionados por López de Velasco. El primero distaba 30 leguas de León y de Granada; estaba fundado en la confluencia de los ríos Coco y Jícaro, en medio de un terreno montañoso y de clima templado. Su población era de 40 vecinos españoles, dedicados enteramente al lavado del oro en los playones arenosos de dichos ríos. El pueblo fue así bautizado para halagar la vanidad del segoviano Rodrigo de Contreras, bajo cuyas órdenes Diego de Castañeda lo fundó en 1544.

Este mismo capitán también había fundado Nueva Jaén a orilla del lago de Nicaragua, en el lugar donde inicia su curso el río San Juan, (según lo confirman el cronista Antonio de Herrera y el mismo López de Velasco), como resultado de la exploración que el gobernador Contreras hiciera al río, cuando fue en busca de

⁴ Por aquel entonces la piratería iniciaba sus primeras correrías como una jugosa actividad privada. En 1572 el famoso Francis Drake desembarcó en el istmo de Panamá y asaltó el cargamento de oro y plata del Perú. En 1578 dio la vuelta por el estrecho de Magallanes, infestando las aguas del Pacífico, lo cual obligó a las autoridades españolas acantonadas en León a fortificar también el puerto de El Realejo.

Calero cierto tiempo atrás. Parece que la población no fue muy floreciente, no obstante su posición estratégica; vivían allí muy pocos españoles en tiempos de Velasco, quien añade además, "[...] cógese en ella algún cacao".⁵

La quinta población mencionada era la villa de El Realejo, donde habitaban unos 30 españoles dedicados principalmente al negocio de la contratación del puerto y del astillero. López de Velasco escribe al respecto:

Viene a una legua el puerto que llaman de la Posesión, y oomtinente del Realejo... el cual es de los más seguros puertos que hay en la mar del Sur y acuden a él muchos navíos de Nueva España, Guatemala y Panamá, por donde se sacan gallinas, maíz y miel: hócense asimismo en el dicho puerto navíos para la seguridad de él y aparejo de madera que hay para ellos".

Para ingresar al puerto, los barcos procedentes de México rumbo al Perú hacían por diferente sitio, según descripción de Torquemada.⁶ Las naves echaban anclas en la hermosa bahía de Jagüey (hoy de Corinto) y embarcaciones menores realizaban el trasbordo al pueblo, que se encontraba al final de un estero a dos leguas tierra adentro. También afirma el mismo cronista que los navíos contruidos en el puerto eran mejores y más valiosos que los de Vizcaya, teniendo alguna capacidad para cargar más de noventa caballos.

En su *Geografía* López de Velasco menciona finalmente a Nicoya, situada a 44 leguas de Granada, "E...] en los confines de Nicaragua y Costa Rica". En verdad no constituía una población española, pues no contaba con ningún vecino, salvo los que iban de paso para embarcarse en uno de los puertos del golfo. La población indígena estaba encomendada a los vecinos de Granada, pero tributaba a la caja real de León. En sus alrededores se cultivaban mameyes, plátanos, jocotes, aguacates, piñas, además de maíz, frijoles y algodón. La cera y miel de Nicoya eran muy apreciadas. A falta de ganado vacuno se "criaban" dantas y sahinós, según Velasco, quien concluye su reporte con la siguiente observación:

'Son los indios de este pueblo leales y obedientes a las justicias, pero muy pobres por. que son haraganes y amigos de holgar, tienen por granjería hacer cantidad de chicuvites de palma, que son unos **vasos pequeños con sus tapadores, todos pintados de negro, y mu•**

⁵ Tanto el geógrafo francés Pablo Levy como el historiador nicaragüense José Dolores Gámez, ubican equivocadamente Nueva Jaén en poco más al norte, entre los ríos Oyate y Tepenaguasapa, un lugar poco apropiado para controlar la entrada al río San Juan. Posiblemente confundieron el pueblo con la hacienda ganadera La Jaén, ubicada entre ambos ríos sobre la costa de Chontales, que fue muy próspera en el siglo XVIII.

⁶ Fuentes y Guzmán, escribiendo a finales del siglo XVII, menciona que la entrada a la bahía se verificaba al principio entre la isla del Cardón y la punta Castañones, pero que un terremoto batuta desplomado rocas sobre esa entrada, obligando a los barcos a utilizar el acceso actual.

chas jícaras pintadas; tributan maíz y de las otras cosas que hay en la tierra, y telas blancas de hilo y algodón'.

La pintoresca descripción de un holandés Jan Huygen van Linschoten, (el aventurero holandés mencionado en el capítulo referente a la zoología), dedica varios párrafos a la provincia de Nicaragua en su libro sobre viajes a las Indias Orientales y Occidentales publicado en Londres en 1598.⁷

Su desconocimiento de Nicaragua —por cuya costa caribe posiblemente merodeó— se pone de manifiesto cuando habla del país como "rugoso e intransitable", en una época cuando los españoles estaban asentados en las espaciosas planicies aledañas a los lagos. Para escribir su libro, por cierto en un estilo muy atropellado, reunió posiblemente la información de varias fuentes, copiando las observaciones ofrecidas por el viajero italiano Jerónimo Benzoni que había visitado el país algunas décadas antes.⁸

Huygen contribuye con ciertos párrafos relativos a la curiosa fauna de Nicaragua —mencionada en un capítulo anterior— aunque a veces raya en el mundo de la fábula, y en algunos casos parece dar crédito a las creencias afroantillanas.

Más como documento curioso que por su valor auténtico, se ofrece a continuación la traducción literal de la versión inglesa en parte —donde Huygen se refiere a los aspectos geográficos y étnicos— respetando los defectos transcritos en los nombres geográficos que cita y poniendo entre paréntesis alguno que otro dato aclaratorio:

Partiendo de Hondura y pasando los bordes de ChiuHITECA, se llega a la Provincia de Nicaragua que se extiende hacia el mar del sur, la cual no es muy grande, pero rica, productiva y placentera, si no fuera por su calor irracional que en tiempo de verano no se soporta en el día, pero sí en la noche. Lluve allí por espacio de 6 meses enteros, comenzando en Mayo. Los otros cinco meses son excesivamente secos, siendo el día y la noche de igual longitud. Miel, cerámica, algodón, maíz y bálsamo se dan en gran abundancia y muchas clases de frutas que no se encuentran en otras provincias, en la Hispaniola, ni en otros lugares. Entre ellas figura una clase de manzana, de forma como de pera, (el aguacate), con una nuez redonda adentro, casi dos veces más grande que nuestras castañas pero de sabor dulce y placentero; el árbol es grande aunque de hojas pequeñas. Hay muchos cerdos, traídos de España para criarlos en el país. Está lleno de villas indias, todas con casas pequeñas hechas de caña y cubiertas de paja.

⁷ Ver Huygens en el Capítulo VII, así como la cita en la Bibliografía correspondiente.

⁸ 'Ver Girolano Benzoni en: Nicaragua en los Cronistas de Indias. Serie Cronistas No.1. FPCBA.

No tienen metales, aunque cuando entraron por primera vez los españoles los habitantes tenían cierto oro corriente, que traían de otros lugares. Tienen muchos loros, que hacen mucho daño a las semillas y harían más si no se les espantara con hondas y otros medios. Cuando los españoles arribaron a estos países, los llamaron Paraíso de Mahoma por la gran abundancia de todas las cosas. Aquí hay muchas gallinas de Guinea y cierta fruta llamada cacauate, que usan como moneda; crece en un árbol grande y solamente en lugares cálidos y húmedos, pues se marchita cuando el sol les da, por lo que se siembra en bosques debajo de árboles más altos y en forma apretada para defenderse del calor solar. La fruta es como almendra y se extrae de su cáscara delgada y oscura que se divide en dos o tres por ciertas venas de color gris y café. La substancia extraída tiene sabor amargo. Para prepararla bebida se secan las semillas poniéndolas en una vasija al fuego y se muelen entre piedras; luego se les pasa por una criba, o pote con agujeros, mezclándola con agua y agregándole un poco de pimienta y así se bebe. Esta bebida es algo amarga, refrescante al cuerpo, sin embriagarlo; por todo el país se estima como la más preciada, que se ofrece a gente de gran estimación, como nosotros con el licor de Hipócrates.

"Los modos de esta gente no difieren de los de México; comen carne humana; sus ropas y ornamentos sin encajes. Encienden el fuego friccionando dos palos entre sí, que es costumbre muy común en Indias y aunque tienen mucha cera, utilizan astillas de pino en lugar de candelas para alumbrarse. Su lenguaje es diverso, pero el habla mexicana es la mejor y la más divulgada, de modo que usándola los hombres pueden viajar por el país más de 1500 millas y es muy fácil de aprender. Cuando bailan lo hacen de una manera extraña, porque se juntan tres o cuatro mil, a veces más según el número de los habitantes, en el sitio donde van a bailar. Limpian el lugar, luego algunos se ponen adelante para encabezar el baile, girando de un lado a otro al compás de flautas y tambores, cantando ciertas tonadas, que los que le siguen recitan; algunos portan abanicos en sus manos o sonajas que contienen piedras; otros danzan coronados con penachos de plumas y otros con brazos y piernas ligados de colgantes; algunos se estiran, otros se encojen, girando los cuerpos, abriendo o cerrando las piernas; ciertos se hacen pasar por sordos, otros por ciegos; algunos lloran, otros gruñen, con muchas muecas extrañas. Se mantiene el festival todo el día hasta la noche, bebiendo nada más que cacauate.

"Los barcos que navegan por el mar del sur a Nicaragua, pasan por un estrecho corriente que penetra unas 25 millas tierra adentro hasta llegar a un puerto llamado Realego, con chozas de caña, habitadas por Españoles,

donde los barcos anclan por razones de buen cielo y por las maderas. Unos caminos salen con rumbo a Legio o León. El Obispado de Nicaragua se encuentra junto al lago de Francisco Fernández (?), así como Granaten y otros pueblos españoles junto al mismo lago, a unas 50 millas el uno del otro, en el otro extremo donde el lago desagua en la mar del norte. Los dos pueblos tienen escasamente unas 80 casas, en parte hechas de cal y canto y parte de caña y paja. A 35 millas de León está un cerro (Masaya) que despide fuego, con tal abundancia que en la noche lanza 100,000 chispas al aire. Algunos Españoles son de la opinión que puede ser oro que le da al fuego su esencia continua, mientras han buscado muchos medios para sacarlo pero en vano y por lo tanto necesitan de alguien que lo intente.

"El lago de Nicaragua no está lejos de la mar del sur y dista unas cien millas de la mar del norte, desaguando por un río lleno de barcos, que los Españoles llaman Desaguadero, es decir por donde sale el agua. En los alrededores de ese río hay muchos cocodrilos, que ponen huevos en las riberas arenosas; son de tamaño como los de los gansos; pueden ser apachurrados con una piedra pero nunca se parten, y en tiempos de **hambre los comen los Españoles, su sabor es como de "Moschu"** semipodrido, y según los indios es excelente comida.

"El país de Nicaragua es rugoso y áspero, a causa de sus espesos bosques y cerros die-parejos donde nadie habita, pues es intransitable y requiere tremendo esfuerzo y sufrimiento transitarlo. En este país hay ciertas tortugas que viven en el mar y por espacio de cuatro meses salen a la costa donde ponen sus huevos en arena como los cocodrilos. Con el gran calor del sol empollan las tortuguitas. La carne de estas bestias es fresca y rica de comer.

'Del cabo Gracias a Dios hasta el Río Grande o Desaguadero (como se dijo antes) hay 20 millas (?) y de Desaguadero a Corobaro (Bocas del Toro) hay 40 millas (?). De Corobaro a Nombre de Dios 50 millas, entre los cuales está Veragua y el río Sueros (Suerre). Estas 90 millas están sobre el grado 9 y medio. Del punto de Lucatan hasta Nombre de Dios hay 500 millas.

"Hablando de las costumbres de los indios Sueros y los que habitan en Veragua, no difieren mucho de las del resto del país, salvo que no son caníbales'.

Claramente se nota que cuando Huygen escribió su relato, la conquista de Costa Rica no se había consolidado, razón por la que este autor salta a describir la provincia de Nombre de Dios una vez que concluye con la de Nicaragua.

Huygen y Benzoni parecen haber sido los únicos cronistas no españoles que trataron sobre Nicaragua en el siglo XVI. Como a menudo sucedía, la descripción

del paisaje, de la gente y las costumbres del país, tanto en las postrimerías de dicho siglo como en las primeras décadas de la siguiente centuria, fue realizada por los viajeros que ocasionalmente solían transitar por Nicaragua o pasar junto a sus costas, siendo rara vez el producto del interés de algún vecino o autoridad residente en la provincia, cuyas plumas más se emplearon como dardos, escribiendo denuncias y rencillas, que en ofrecer una clara descripción del país en que vivían.

Por otra parte, ni López de Velasco, Antonio de Herrera o Juan de Torquemada, tres relatores que vivieron en la transición de ambos siglos, fueron testigos oculares de todo lo que describieron, histórica y geográficamente, sobre Nicaragua. En cambio, en el lapso de medio siglo transcurrido entre 1586 y 1637 viajaron por el país, siguiendo una misma ruta, tres frailes-cronistas: Antonio de Cibdad Real, (franciscano); Antonio Vázquez de Espinosa, (carmelita); y Thomas Gage, (dominico). Un trío que por diferentes motivos dejaron sus huellas y memorias impresas desde el golfo de Fonseca hasta el lago de Nicaragua. Sus valiosos testimonios permiten ahora conocer el escenario étnico de los pueblos que visitaron y las costumbres que había adoptado la gente nativa con la que toparon durante el primer siglo de la colonización española.

Inicia el viaje el fraile-comisario

La *"Relación Breve y Verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las Provincias de la Nueva España, siendo comisario de aquellas partes"*, fue escrita por fray Antonio de Cibdad Real, quien acompañó al Padre—Comisario como secretario en su viaje a la América Central. Esta jornada, o mejor dicho cabalgata, abarcó desde México hasta Granada, incluyendo el regreso, en el mismo año de 1586.

Fray Alonso Ponce había llegado a México como Supervisor General de la orden franciscana en el Nuevo Mundo. Habiendo tenido diferencias con el provincial de México, protegido del Virrey, fue forzado a abandonar aquella ciudad, circunstancia que aprovechó para visitar las provincias de Guatemala y Nicaragua.

Durante el recorrido pasó por varios pueblos, guiado por indígenas que lo encaminaban por trechos. Uno o dos religiosos lo acompañaban, o salían a su encuentro a lo largo del trayecto. Su compañero de viaje, Cibdad Real, anotaba con pulcritud el diario progreso del recorrido, el cual —salvo un par de semanas de estadía en Guatemala— fue realizado con mucha prisa, por caminos enlodados y casi siempre bajo torrenciales aguaceros. No fueron insensibles a los ojos del cronista los variados pormenores y circunstancias que sucedieron a lo largo de la travesía, que hoy constituyen información de innegable valor geográfico, étnico y de historia natural para la región.

Tras fatigosas jornadas, subiendo y bajando por los cerros, vadeando ríos y ciénagas infestados de lagartos, pernoctando donde la noche les cogía, comiendo lo poco que le ofrecían al paso, madrugando para esquivar el sol ardiente y empapados continuamente por las lluvias que en mayo se derraman torrencialmente sobre las planicies de la América Central, hicieron los frailes su camino hasta Granada, donde llegaron el 31 de mayo, unos tres meses después de haber salido de México.

Una vez dejando México pasaron por Puebla, Oaxaca, Tehuantepec, Soconusco y Guatemala. El 5 de mayo abandonaron esta última ciudad en un viaje salpicado de interesantes anécdotas y curiosidades, como la vez que encontraron una plaga de langostas que los indígenas trataban de ahuyentar con gritos, flautas y tambores. En el río Ahuachapán fueron rociados con los orines de un zorrillo que los dejó aturcidos. En la tierra de los Pipiles cruzaron entre manantiales de agua caliente y presenciaron la cacería nocturna de ciertas hormigas que se vendían como alimento en los tiangués indígenas. Sobre los pobladores de la región comenta Cibdad Real lo siguiente: "Estos indios mejicanos pipiles es gente muy devota de nuestros frailes y de las cosas de la iglesia, son dóciles, domésticos y llegan desde el pueblo de los Esclavos hasta el río Lempa".⁹

Un poco más adelante de San Salvador los viajeros fueron mordidos por vampiros. La cruzada del anchuroso Lempa la hizo el Padre Comisario en una canoa, donde también se montaron las cabalgaduras para librarlas de las voraces fauces de los lagartos. Al otro lado del río se iniciaba el territorio de los indios Potones, que cultivaban cacao, algodón y maíz y tenían al cuidado varias estancias de ganado. En las sabanas de los alrededores abundaban las palomas, perseguidas tan tenazmente por los indios que, acosadas por el cansancio, caían las aves agotadas entre las hierbas, donde eran fácilmente capturadas.

En la vecindad de San Miguel llamó la atención a los frailes los numerosos pueblos potones cuyos nombres geográficos llevaban la terminación "tique", indicativa de la estrecha relación lingüística de esta gente con los Lencas de la vecina Honduras.

El empinado volcán San Miguel dominaba el paisaje. En la base se regaba un amplio parche de lava petrificada que los españoles llamaron "malpaís":

^ Dicen los indios viejos que aquel mal país, que es de una piedra requemada que parece escoria de herrero, se hizo de la reventazón del volcán, y que toda aquella piedra y otra mucha salió de él, y con esto

⁹ Esta cita y las siguientes son presentadas por Cibdad Real en su Relación. (Ver Bibliografía).

fingen que a vueltas de la piedra salió también una gran sierpe, la cual se fue volando y se metió en una laguna'.

Esta última leyenda hace posiblemente alusión a una gran correntada de lava que penetró antiguamente en la laguneta vecina de Jocotal.

El vado de las sartenejas

Los días que vinieron a continuación fueron de mucha lluvia como corresponde a la entrada del invierno, estación que se inicia a mediados de mayo en aquellas latitudes. Los suelos al contorno del golfo de Fonseca son de arcilla negra o sonsocuite y se convierten una vez saturados de agua en peligrosos atolladeros para hombres y bestias. Tales ciénagas son llamadas "sartenejas" por el cronista Cibdad Real: "En uno de aquellos mesones se hundieron todas las bestias hasta las barrigas, pero todas salieron, excepto dos, que para que saliesen fue menester salir dallas los que las llevaban y embarrarse muy bien".

A ambos lados del río Goascarán, que fue cruzado en canoa, los viajeros encontraron dos pueblos de filiación chorotega: Nicomongoya y Nacarahego, atendidos por los frailes de Nacaome. Como el río de este último pueblo estaba muy crecido, los indígenas se prestaron para cargar al fraile comisario en una plataforma, pasándolo al otro lado de la corriente sin contratiempo. Antes de alcanzar Choluteca llegaron a la villa llamada Ola, la primera de indios Ulúas. Vadearon el río sin peligro, no obstante la fuerte corriente y la presencia de lagartos. El sendero proseguía entre ciénagas hasta los otros pueblos ulúas llamados Colama, Lamaciuy (Namasigiie) y Zazacalí, entonces en los límites de la diócesis de Guatemala.

Vale aclarar acá que los Chorotegas o Cholutecas fueron los primeros pobladores procedentes de México que ocuparon la cuenca del golfo de Fonseca, conocido al tiempo de la conquista como bahía de los Chorotegas. Ocupaban también en el territorio junto al golfo los Potones y Ulúas, que como sus vecinos los Matagalpas (llamados genéricamente Chontales en las crónicas españolas), parece tenían filiación directa con los Lencas del centro de Honduras. Los nombres de Cirama, Colama, Condega y Zazacalí, mencionados en la Relación como ubicados en territorio ulúa, se repiten en la región central y norte de Nicaragua.

El 19 de mayo salieron los viajeros de Zazacalí; en el camino les sorprendió una tormenta —de esas violentas turbonadas que se desatan a menudo en el contorno del golfo— seguida por torrencial aguacero, que los dejó "hechos una sopa de agua", y a juicio del cronista:

[...] el más terrible y espantoso que hasta entonces en aquel viage se había visto; duró casi una hora, y venia tan recio, y eran las gotas tan recias y caían con tanta furia que parecían piedra o granizo, no dejaba andar las

bestias el agua, así la que caía del cielo con la furia del viento que la traía, como la que coma por aquellas laderas por el mismo camino, y junto con esto eran tantos y tan espantosos los truenos y relámpagos que ponían grandísimo miedo".

El camino proseguía dejando a la derecha esteros y manglares, entre los que brotaban algunas fuentes termales. Más adelante cruzaron el río de Condega (hoy Guasaule), donde observaron por vez primera a los famosos "cuatrojos", peces de ojos saltones que nadan en la superficie, brincando con frecuencia fuera del agua.¹⁰

La villa de Condega, con sólo siete u ocho casas, estaba poblada por indios Ulúas y era la primera en la jurisdicción eclesiástica de Nicaragua. Allí pernoctaron los frailes, con mal albergue, cansados y con los hábitos empapados.

Prosiguió la cabalgata a la salida del sol y pasada una legua llegaron al bonito pueblo ulúa de Zomoto (hoy Somotillo), visitado por padres mercedarios. Más adelante vadearon el pedregoso y peligroso río de Fuego, (actual río Negro). Con el lodo del camino hasta las cinchas alcanzaron otro río grande, el de los Lagartos, (Aquespalapa o río de Villa Nueva), que aunque más hondo que el anterior tenía un lecho limpio.

Un poco más allá, el indígena que servía de tayacán a los viajeros descubrió una hermosa iguana, a la que persiguió hasta cazarla de un certero flechazo: "Fue tanto el contento deste indio por haberla así muerto —comenta Cibdad Real— que daba saltos de gozo, y aún le dio una risa tan grande y tan de propósito, que en un gran rato nunca cesó de reír de puro contento y alegre".

A mediodía cayó otro aguacero que empapó a los viajeros y recrudenció el paso por las ciénagas. Cruzaron luego por dos esteros, (confluencia del Tecomapa y Estero Real), y arribaron a una villa indígena llamada Olomega. Encontraron amparo en una casa pajiza conocida como La Brea, porque ahí pasaba el cargamento de resina extraída de un bosque de pinos a 14 leguas de distancia, (montañas de Cusmapa), rumbo al astillero de El Realejo para el calafateo de barcos. Un español con varios negros que estaban a cargo del negocio les brindó asilo en aquella tarde y noche, pues no cesaba la lluvia. Les dieron además tortilla con tasajos de carne salada, la única comida que probaron en la jornada de aquel día.

Arrancando antes de la salida del sol y después de cabalgar seis leguas dejando a la izquierda los volcanes Maribios, llegaron los viajeros al pueblo de El Viejo, "[...] donde fué muy bien muy bien recibido, con mucho amor y devoción, con música de trompetas y algunos arcos y ramadas". Allí el padre-comisario

¹⁰ Corresponde a la especie *Anabkpa douii*, de curiosa visión bifocal, comen en los tijos de la cuenca del golfo.

descansó por cinco días, enviando mensajes a los frailes de Honduras y Costa Rica, citándoles para tener congregación en Granada y elegir nuevos guardianes en los conventos franciscanos.

El Viejo, según Cibdad Real, era de mediana vecindad con casas de madera y techos de paja. Llamábanse sus habitantes nauhuatlato, porque hablaban la lengua mexicana corrupta, aunque muchos se esforzaban por hablar el castellano y vestir como los españoles. Durante la estadía de los frailes sucedió un temblor que hizo estremecer el convento, entonces una casita de paja con aposentos bajos y paredes de cañas embarradas. El cronista confirma que el nombre del poblado lo recibió del último cacique, quien lo gobernó hasta llegar a la ancianidad. Posiblemente se refería a Agateyte, visitado medio siglo antes por Fernández de Oviedo en su plaza de Tzoatega, nombre aborigen del pueblo.

En el Camino Real de Nicaragua

Es probable que todas las provincias indígenas de Nicaragua, alineadas como estaban al pie de los volcanes y junto a los lagos, tuviesen un Otli, o camino principal que las comunicaba, corriendo desde la occidental Mistega hasta la original Nicaragua. Ese mismo camino fue transitado después, a caballo, por los españoles que viajaban entre León y Granada, y aún más allá, en dirección a los pueblos de El Viejo y El Realejo por un lado y hasta Nicoya por el otro.

Una vez abierta la ruta del Desaguadero, el lago y el río sirvieron como prolongaciones acuáticas para alcanzar Nombre de Dios o Cartagena. En el otro sentido, la ruta que salía de El Viejo se comunicaba a la vez con el anchuroso Estero Real, que conducía al golfo de Fonseca y más adelante a las provincias de El Salvador y Guatemala.

La importancia de este eje vial persistió durante la época colonial y la independiente, a juzgar por los itinerarios de los muchos viajeros que luego visitaron el país. En época reciente la línea férrea y las carreteras han seguido o paralelizado en su mayor trecho aquella ruta prehispánica, como la mejor opción para unir a los pueblos principales sobre el largo corredor del Pacífico de Nicaragua. Estaban, casualmente, fray Alonso Ponce y sus acompañantes entre los viajeros que transitaron tal ruta, dejando el primer registro histórico de su recorrido, al menos hasta Granada.

La comitiva se puso en camino en la mañana del 26 de mayo, quedando atrás el convento y pueblo de El Viejo. Pasaron por Chinandega donde los indígenas también hablaban el náhuatl y los esperaban con arcos, trompetas y repiques de campana. Luego de atravesar un arroyo llegaron a Mazatega, primer pueblo de indios Maribios; después pasaron a Chichigalpa, muy a tiempo para librarse de un aguacero que se avecinaba. La lluvia continuó por el resto de la

tarde y la noche, obligando a los viajeros a pernoctar en casa de un fraile mercedario, acomodándose en camastros, petates y hamacas. Cibdad Real señala al respecto:

‘Son estas hamacas unas camas que usan en estas partes los indios y aun muchos españoles en las tierras calientes, especial cuando caminan, comúnmente las hacen de red de cáñamo de la tierra (cabuya), aunque algunas son de manta de algodón... hacen poco embarazo porque las cogen y llevan los indios a cuestras cuando van de camino, y a donde quiera que los toma la noche, aunque sea en el campo, las cuelgan de los árboles..., y en ellas duermen’.

Al día siguiente continuó la marcha por otros pueblos maribios, dejando al norte la hilera de los volcanes con alguno que otro monte lanzando humo. En Posoltega observaron a las indígenas usando huipiles como las mexicanas. Continuaron por Miauagalpa (Posolteguilla) y cuatro poblados llamados Cindega (al sur de Quetzalguaque) y otro, Yacacoyaua, donde se hablaba tacacho, un dialecto diferente del maribio y del mangué.”¹¹

Muy fatigado por el calor de la mañana, empapado por la lluvia de la tarde, decidió el padre comisario pernoctar en Xutiaba (Sutiaba), habitado por indios Maribios según el censo de 1581; (Mangues indica erróneamente Cibdad Real), donde se recogió sin poder dormir, hasta las dos de la madrugada cuando prosiguió el viaje. Existía en adelante un buen trecho sin poblaciones de importancia. El guía —hijo del cacique de El Viejo— erró el camino en aquella oscura noche y después de algunas horas de andar perdidos volvieron a tomar el Camino Real que conducía a León (Viejo). En el trayecto pasaron por varias estancias de ganado; después de haber recibido la acostumbrada remojazón vespertina llegaron a los pueblos de Mabite (Imabita) y Nagarote donde no encontraron comida salvo algunos huevos, tortillas y zapotes.

En el trayecto a Granada los viajeros dejaron a un lado la población de León. Cibdad Real, sin embargo, hizo el siguiente comentario de paso:

‘Vase arruinando y despoblando León de tal suerte, que la casa que se cae nunca más la levantan ni reedifican, vándose los vecinos disminuyendo y apocando cada día, unos por muerte y otros que se van a morar a Granada, y dicen todos que es esto juicio grande de Dios y castigo de su mano, por la muerte que dieron los años pasados en aquella cibdad dos hermanos al Obispo que entonces era de Nicaragua’.

¹¹ Mazatega, Cindega y Yacacoyagua no existen actualmente. No obstante estar poblados por Maribios y anteriormente por Tacachos, (Chontales), dichos pueblos tenían nombres en náhuatl cuando los visitó fray Alonso Ponce.

Madrugando una vez más, los frailes dejaron atrás Nagarote y prosiguieron por tres leguas hasta llegar a Matiare (Mateare), donde desayunaron hermosas mojarras del lago. La tarde hizo buena y al ponerse el sol entraron a Managua, población de indios nahuatles. Ahí encontraron un indio ciego, con sus tres hijos montados en el mismo caballo y su mujer en otro; se encaminaban hacia El Viejo en busca de comida. Había mucha hambre de ahí en adelante pues las sementeras estaban tiernas. En Managua se daba la grana en polvo.¹²

El 30 de mayo salieron de madrugada y llegaron a la salida del sol a Nindirí "un bonito pueblo de indios manges". En el camino contemplaron el famoso volcán de Masaya, del cual dejó Cibdad Real el siguiente comentario: "Háse ido consumiendo y gastando poco a poco, y ya no echa de sí sino muy poca lumbre y resplandor, pero despide de sí mucho humo: no es volcán muy alto, mas tiene muy grande boca, está como media legua del camino real por donde á ida y vuelta pasó el padre Comisario".

Obviamente el volcán estaba en una fase de intensa fumarola, la cual se acrecienta durante la estación lluviosa. También se admiraron los frailes de ver a las indígenas bajando por el acantilado que encierra a la laguna vecina. Utilizaban para ello unas escaleras de bejuco, cargando cántaros y a veces hasta sus hijos a cuestras, "[...] que espanta decirlo, pero mucho más verlo".

Poco después los viajeros arribaron a Masaya, también de filiación chorotega, donde parecía campear el hambre. No hubieran probado bocado de no ser por una devota matrona que les brindó su mesa y por el bizcocho y pan de Castilla que les trajo el guardián de Granada.

Al día siguiente madrugaron por el camino de Las Lomas, (ladera norte del cráter Apoyo), quedando perdidos entre las cañadas. Felizmente toparon con un indio mangué que por señas entendió lo que pasaba y les señaló el verdadero camino a Granada. Después de cuatro leguas adicionales arribaron a la ciudad, meta del viaje, donde fueron recibidos por el vicario, el alcalde y otros españoles que los acompañaron hasta el convento de los franciscanos.¹³

En Granada y de regreso

La población de Granada tenía en 1586 unos doscientos vecinos españoles, según estimaba Cibdad Real. La mayoría de las casas estaban fabricadas sobre un zócalo de piedra y ladrillos encalados, sobre el que se alzaban paredes de tabla

¹² Se refiere al polvo carmín extraído de la cochinilla, un insecto que se •cultivaba• entre las hojas de los nopales.

¹³ La provincia franciscana de Nicaragua, llamada de San Jorge, fue organizada por fray Pedro de Betanzos, a instancias del obispo Antonio de Zayas en 1575. Originalmente comprendía 17 conventos repartidos entre Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

y el techo de tejas. Las construcciones eran por tanto livianas, previendo los terremotos que con frecuencia asolaban la región. Casualmente, durante los quince días que fray Alonso permaneció en aquel lugar, aconteció un temblor tan fuerte que hizo a los frailes correr despavoridos a la calle, cayendo el encalado, tierra y palos de las paredes del convento.

Los pobladores se dedicaban a la explotación de sus encomiendas; algunos poseían haciendas de ganado, otros traficaban o comerciaban, aprovechando la circunstancia de estar Granada junto al lago, tener acceso al Desaguadero por un lado y encontrarse no lejos de la Mar del Sur por el otro:

"[...] dista el mar del Sur desta laguna cinco leguas por donde menos, de manos que si estas se rompiesen podría comunicarse un mar con otro ...Dánse en esta laguna mojarras, aunque no tantas ni tan buenas como en la de León, ni son tan fáciles de tomar, porque como es tan grande anda más revuelta y alterada que la de León, hállense también en ella tiburones y otros pescados y aun lagartos muy perjudiciales".

Cibdad Real también describió las curiosidades en los alrededores del pueblo: "el volcán tan renombrado de Bombacho", que pocos años antes había reventado y lanzado un destructivo alud de fango y piedras sobre una población indígena.¹⁴ También cita el interesante sitio llamado La Tembladera, a cinco leguas de Granada, (posiblemente situado a orillas de la laguna de Tisma), así llamado por la inestabilidad del terreno donde se hundían y perecían las bestias, "[...] y ha habido hombre que con curiosidad hincó una vara de veinte palmos... y vio que poco a poco se fue hundiendo la vara hasta que toda se sumió", según comenta el cronista.

En el aspecto religioso el pueblo estaba servido por una bonita iglesia a cargo de los franciscanos, interesados también en levantar su propio templo y convento de cal, teja y ladrillo con el apoyo de los devotos feligreses.

La festividad de *Corpus Christi* fue celebrada con gran pompa. La custodia, aunque de madera, estaba engalanada con piezas de oro y algunas esmeraldas; venía alumbrada con velas de cera nativa, negra, a falta de la blanca que llegaba de España a gran costo. La procesión recorrió las calles, donde se habían erigido altares adornados con ramas "E...] verdes como naturaleza las crio". La gente rociaba a los clérigos con agua de azahar. Los cánticos se interrumpían por las descargas de pólvora, activada con el tizón de fragua del herrero. Como era la tradición, no faltaron los promesantes enmascarados bailando frente a la procesión:

¹⁴ Sobre el derrumbe de las pandee del Mombacho, véase el capítulo V.

Hubo muchas danzas y bailes de indios y una de mozos españoles bien aderezados, cubierto los rostros con tocas de red muy menudas, los cuales danzaron y bailaron muy bien sin cesar, desde que se comenzó la procesión hasta que se acabó, que para tierra tan caliente fue mucho: llevaban mucho del caxcabel, y iba entre ellos un mulato con una saboyana parda hasta en pies, un paño blanco por pretina, barbas y caperuza de bobo, el cual con unas sonajas hizo aquel día maravilla?.

Tuvo pues el Padre-Comisario congregación con sus cofrades de Nicaragua, Honduras y Costa Rica; veinticinco religiosos procedentes de 12 conventos. Al respecto anota Cibdad Real: "La lengua que hay en esos conventos y sus visitas es la mangue en la mayor parte de Nicaragua, aunque también hay indios nauales; y en la isla de la Laguna (Ometepe), se habla otra lengua particular, (corobicí, posiblemente), en Costa Rica otras y otras, pero por toda esta tierra corre la mexicana".

El 16 de junio emprendió fray Alonso Ponce el regreso a Guatemala en compañía de cinco frailes. Tomó el mismo Camino Real por donde había ingresado. Las lluvias siguieron cayendo sobre los viajeros, tornando resbaladizas las cuestas y barrancas. En una de ellas situada a la salida de Managua, (hoy Cuesta del Plomo), cayó uno de los frailes con to-doy bestia al tratar de superar la subida en medio de la oscuridad de la noche, salvándose milagrosamente de morir en un precipicio que corría al lado.

Los viajeros continuaron cabalgando en su regreso, soportando aguaceros, fatigas y desvelos hasta alcanzar de nuevo el pueblo de El Viejo, donde esperaba a la comitiva un fraile de Nacaome con la no menos desalentadora noticia que las ciénagas de Zomoto y Condega estaban impasables a consecuencia de las lluvias, "[...] y los ríos iban de monte a monte". No les quedaba a los viajeros otra opción que la de embarcarse y cruzar el golfo de Fonseca hasta las islas de la Teca, (Meanguera y Conchagüita, frente a la costa de El Salvador), para cuyo efecto el fraile recién llegado había previsto unas canoas que esperaban en el Estero, a tres leguas de El Viejo.

Navegando por el Estero y en el Golfo

Estero Real es un ancho y serpentino estuario del golfo de Fonseca. Penetra varias leguas por una llanura tan baja que el flujo de la pleamar se hace sentir bastante tierra adentro. Extensos suelos fangosos y salinos lo rodean; en sus riberas crecen los manglares en profusión. Al acercarse al golfo se divide en varios ramales, midiendo el principal unos dos kilómetros de ancho en la desembocadura.

Los seis frailes se embarcaron en tres canoas provistas de toldo para librarse del sol y la lluvia; cada una iba impulsada por ocho remeros. Las embarcaciones estaban excavadas de un solo tronco, fuerte y resistente para soportar los tumbos y porrazos del mar. Velas de algodón o de petate eran desplegadas a los vientos con frecuencia para imprimirles velocidad.

"Ordinariamente las llevaban a remo, aunque algunas veces les ponen velas de mantillas de algodón ó de petates... Reman los indios en pie, sin mudarse de un lugar, pero mudan muy a menudo los brazos todo a un punto, y de esta manera no se cansan tanto y hacen ir volando la canoa, especial si el viento los ayuda".

Las canoas se dejaron llevar por la vaciante marea en las primeras seis horas de navegación. Al fallar ésta, fueron acercadas a la orilla junto a los manglares, donde "no había cosa enjuta en qué poner los pies". Los indígenas se las ingeniaron para hacer un colchón de varas secas y ramas verdes sobre el fango para que los frailes pudieran caminar y estirar un poco el cuerpo.

A eso de las tres de la tarde volvió a reanudarse el viaje, costeano por el Estero Real. Con buen tiempo salieron al golfo, en cuyas orillas vieron algunos lagartos "tan grandes y tan largos como grandes vigas". Remando por otras seis leguas, con la luna creciente, arribaron a una isla llamada Cihualtepetl, ("cerro de las mujeres"), donde saltaron a tierra para dormir sobre la playa arenosa, no obstante los mosquitos que los fastidiaban. Obviamente aquella "isla" no era sino la península de Cosigüina, según se deduce del siguiente comentario de Cibdad Real: "Aunque comúnmente se llama isla aquella, no lo es en rigor sino tierra firme, porque está cercada de mar por las tres partes, y por la otra de manglares, ciénagas y pantanos que la hacen casi inaccesible".

Señala también el cronista que allí existió antes un pueblo de indios nahuatlés pero, estando tan aislados, la gente fue trasladada a El Viejo, dejando la península despoblada.

En la mañana siguiente, 21 de junio, se reanudó el viaje, después que los frailes desayunaron unos cangrejos, una hermosa iguana capturada entre los mangles y bebido las aguas de un arroyo que pasaba por ahí.¹⁵

Dejando atrás una alargada punta, (hoy llamada Rosario o Money-penny), cruzaron el golfo "de alta mar y tumbo" hasta alcanzar la isla de Meangola (Menaguera), o Quetzaltepetl, donde existía un villorrio de indios Potones. Siguiéron adelante, sorteando el bravo oleaje que hizo a los frailes padecer de angustias, mareos y bascas. Desembarcaron en la isla de la Teca (Conchagüita), también habitada por los mismos indios, donde fueron obsequiados con pescado

¹⁵ El arroyo que (luía en la parte norte de Cosigüina quedó aterrado durante la gran erupción del volc*: m 1835, aunque todavía pueden observarse en su antigua desembocadura ciertos charcos costeros de agua dulce, en el sitio llamado Lea Pozas actualmente.

fresco, ostiones, lizas y agujas. Allí descansaron por un día, para luego continuar el viaje por el golfo, batallando siempre contra las olas, hasta llegar al puerto de Fonseca (La Unión) en tierra firme salvadoreña.

Cibdad Real concluye el itinerario de 25 leguas a través del golfo afirmando que al tomar fray Alonso aquella ruta marina: "[...] se libró de las ciénagas de Condega y Zomoto, y de las de Olomega, y otras muchas que en tiempo de aguas, como era aquel, son impasables, libróse también de diez ríos caudalosos que aun en tiempo de seca se pasan con dificultad y peligro, y de algunos esteros y otros ríos no tan grandes".

La caminata de un fraile descalzo

Otro de los frailes que anduvo los caminos de Nicaragua fue Antonio Vázquez de Espinosa, de la orden de los carmelitas. Estuvo en el Nuevo Mundo entre 1608 y 1622. Recorrió a pie y en barco las posesiones españolas desde México hasta Chile, dejando una cuantiosa información sobre la geografía, la etnografía e historia natural de las provincias que visitó. Al momento de morir en España en 1630, se imprimía su famoso Compendio y Descripción de Las Indias, valioso testimonio sobre observaciones en el nuevo continente a principios del siglo XVII. Por una u otra causa, la obra no fue conocida sino hasta el descubrimiento del manuscrito en la Biblioteca del Vaticano, trescientos años después de su muerte.

De una de las pocas fechas consignadas en el texto se deduce que ingresó a Nicaragua en junio de 1613, haciéndolo por la vía y manera usadas 27 años antes por fray Alonso Ponce, el golfo de Fonseca y las islas de la Teca:

"[...] y los que van a la provincia de Nicaragua suelen atravesar esta bahía en canoas de los indios de la isla, con que ahorran muchas leguas y cansancio, y por gozar de lo barato el año de 613 habiéndoles dicho Misa a los indios de la isla, día de la Santísima Trinidad, la atravesé en 24 horas, y fui a salir cinco leguas del pueblo del viejo en la provincia de Nicaragua que está a tres leguas del puerto Realejo".

A diferencia de fray Alonso, quien cabalgó por el Camino Real de Nicaragua, fray Antonio da a entender que realizó su visita a la provincia caminando desde el Golfo de Fon seca hasta el de Nicoya, tal como era costumbre viajar entre los religiosos de su orden. Aunque no describe itinerario —como lo hizo Cibdad Real— la caminata le permitió compenetrarse mejor del país que recorría y observar de paso muchas situaciones que los franciscanos no lograron advertir en su apurado viaje, cuando con frecuencia hincaban las cabalgaduras para alcanzar el próximo pueblo ante la inminencia de algún aguacero.

Con el tiempo a su favor, Vázquez de Espinosa pudo disfrutar mejor del bucólico paisaje nicaragüense y escribir comentarios como el siguiente:

Toda esta provincia del Viejo y la de Posoltega hasta Sutiaba tiene muchos ríos de aguas regaladas, con muchas florestas y arboledas, que parece un paraíso, y desde Sudaba hasta Granada no hay en todo el camino río aunque toda la tierra es fértil y abundante, con muchas estancias de ganado mayor y de mulas y obrajes de añil. Y toda es llana hecha una floresta.¹⁶

Obviamente, después de 90 años de emprendida la conquista y a consecuencia de la gran reducción de la población indígena, muchas de las áreas antiguamente cultivadas habían se revertido a bosques, en una extensión mucho más amplia que las mantenidas por los pocos vecinos españoles como zonas de cultivo o haciendas de ganado. Por la misma razón, la fauna a orillas del camino era relevante:

"Hay muchos venados y otro ganado silvestre parecido a liebre llamado Lapa (tepes-«linde), aunque es mayor, su carne es buena y regalada; el pellejo es pintado a modo del de tigre con manchas blancas y pardas; hay diferencia de ardillas y monas; hay otros grandes bermejitos con barbas (congo), como hombre..."

Fiel a su devoción, sin embargo, lo primero que anota el fraile es la comprensión del obispado de Nicaragua, que entonces abarcaba también a Costa Rica y era, además, sufragáneo del de Lima. La razón posiblemente radicaba en la activa comunicación que entonces existía entre El Realejo y El Callao, puerto este último donde llegaban los productos de Nicaragua y en especial brea de los pinares segovianos, "por ser tan necesaria para los navíos y viñas del Perú". La jurisdicción comprendía unas 150 leguas de este a oeste, (de Somotillo a Cartago), por 70 leguas de ancho. Atendía por tanto las necesidades religiosas de los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica, así como las de la Alcaldía Mayor de Nicoya establecida entre ambos.

Las gobernaciones y la alcaldía se regían según nombramiento real. La Audiencia de Guatemala había establecido cuatro Corregimientos en Nicaragua:

1...1 que son el de la villa y puerto del Realejo y provincia del Viejo, el de Casalaguaque (Quetzalaguaque) y Subtiaba, el de Monimbó, Masaya y Managua, el de los Chontales, cuya cabecera es Sébaco; todos ricos y de muchos aprovechamientos, porque la tierra es rica, fértil de frutos de la tierra, de mucho comercio, y se saca de ellos".

¹⁶ Esta cita, donde se menciona por primera vez la industria del añil en Nicaragua, así como las siguientes ofrecidas por Antonio Vázquez de Espinosa son tomadas del "Compendio", editado bajo la serie Biblioteca de Autores Españoles. (Ver Bibliografía).

Producción, comercio e industria coloniales

A principios del siglo XVII la gobernación de Nicaragua producía: maíz, frijoles, legumbres, azúcar, cacao, vainilla, achiote, tabaco, cabuya, añil, cochinilla y gran variedad de frutas nativas e introducidas, entre estas últimas los cítricos y el tamarindo. Como productos animales figuraban las aves de corral, cerdos, el ganado vacuno y caballar. En los lagos, ríos y esteros también se obtenían variados especímenes para la mesa. Hablando de la buena provisión de El Realejo, fray Antonio señala lo siguiente:

"Es esta villa muy abundante y regalada de pescado, como tiene cerca la mar y mucho que se pesca en el estero de todas suertes; hay muy buenas gallinas baratas; vale cada una un real; cómense buenas terneras, y vaca muy gorda y de buen gusto, ganado de cerda, y cerca tiene un ingenio de azúcar..."

Granada y El Realejo eran los principales lugares para la exportación. La primera traficaba con Portobelo, (que sustituyó a Nombre de Dios) y Cartagena. Del puerto salían fragatas cargadas de añil, cochinilla, tabaco, maíz, mecates, madera de brasil, cueros, gallinas y otros productos nativos. Las embarcaciones regresaban con mercaderías españolas, vinos, aceitunas y otras cosas. Por El Realejo se enviaba al Perú brea, miel, cera, bateas para lavar oro y lona de algodón. Tenía este puerto buenos astilleros y bosques alrededor para la construcción de embarcaciones, "[...] donde todos los años se echan navíos al agua que se fabrican en ella, en que cargan los frutos de la tierra para el Pirú ". Otros puertos mencionados eran San Juan (del) Sur y Sapoapa (Salinas), que aunque desprovistos de población ofrecían buenas bahías para abrigar navíos.¹⁷

Según Vázquez de Espinosa, Nicaragua poseía muy buenas maderas, y menciona entre éstas al ébano (?), el brasil o palo de tinte, el cedro y las frondosas ceibas. En el estero de El Realejo abundaban los mangles, "más rescios, durables **y pesados que e 'hierro', así como** una serie de bejucos que se utilizaban para amarrar y asegurarla armazón de las casas. También menciona la caña brava, con unos canutos tan grandes como para almacenar en ellos una botija de agua. Cerca de Posoltega se extraía la cabuya de una planta parecida al maguey, (penca o henequén); de las raíces del copel se fabricaban buenos fustes de lanza.

En las vecindades de El Viejo se cultivaban los tamarindos reales, traídos al trópico americano desde las lejanas Filipinas; el fruto "de sabor agrio dulce suave, es purga excelente y sin riesgos... no la hay en otras partes, que sólo se dan en tierra caliente. El árbol de cacao que crecía en las laderas y contornos del volcán

¹⁷ Falta la nota en el original.

Mombacho, "[...] es lo más grueso y crecido que hay en todas aquellas provincias". Sus semillas se utilizaban todavía como moneda, pero sobre todo para preparar el delicioso brebaje de gran popularidad en toda la América Central. Vázquez de Espinosa se refiere al cacaoero de la siguiente manera:

"El árbol del cacao es mediano como manzano, de su naturaleza muy delicado y regalado, sólo se cría en tierra caliente y no en otras partes; cuando lo siembran es a la sombra y abrigo de otro árbol grande que llaman madre del cacao, (el elequeme, *Erythrina*; o bien el madero negro, *Gliricidia*), para que le guarde del sol y del aire; ha de estar siempre cultivado con agua y regalo, y de otra suerte se seca".¹⁸

Otra planta de gran importancia en la economía colonial era el jiquelite, (*Indigofera*), de la cual se extraía el añil. A principios del siglo XVII los obrajes estaban bien establecidos en las cercanías de El Realejo y de Subtiaba y entre Managua y Mateare. Las cosechas de Guatemala y Nicaragua era tenidas como las mejores en aquel entonces.

Para preparar el añil —según el mismo cronista— cogen el jiquelite a finales de julio y lo ponen a macerar en unas pilas de agua por 24 horas, hasta que suelte el tinte azul. Luego trasvasan el producto a otra pila donde lo baten hasta sacarle espuma. Decantan el agua mientras la tinta se va al fondo de la pila, sedimentándose con consistencia de lama (alga). Toman ésta, la exprimen en unos coladores para escurrir el agua remanente; del residuo hacen panes que ponen a secar al sol por cuatro a seis días, para finalmente almacenarlos en costales o zurrones. De cada cien cargas de jiquelite se sacaba un quintal de añil.

Otra industria floreciente en la época colonial era la grana, un polvo carmín que se daba muy bien en Managua según el testimonio de Vázquez y de Cibdad Real. El polvo procedía de un hemíptero llamado cochinilla, el cual se cría entre las tunas. Al respecto escribe Vázquez: "[...] esta tuna colorada es la que cría la grana, porque en las hojas y frutas se crían unos gusanitos debajo de un telilla a modo de telaraña y aquel gusanito está hecho una sangre, y cuando han criado y cuajado bien los quitan y ponen al sol, hasta que se seca y cura, con que queda finísima grana".

A juzgar por las observaciones del fraile carmelita, Nicaragua había entrado en un período de prosperidad y tranquilidad, uno de esos breves lapsos que gozara a lo largo de su agitada historia.

Descripción de pueblos y Corregimientos

¹⁸ Según Vázquez de Espinosa una carga de cacao equivalía a tres xiquipiles; cada xiquipil a 200 rondes y cada zontle a 400 semillas, resultando al final 240 mil semillas de cacao por carga.

Una de las más valiosas contribuciones de la visita de fray Antonio Vázquez de Espinosa a Nicaragua es la descripción de los pueblos principales en el comienzo del siglo XVII, en especial de las actividades a las que se dedicaban los habitantes.

La región de El Viejo, según fray Antonio, presentaba muchas arboledas y florestas, surcadas de arroyos y ríos de aguas cristalinas donde acudían numerosos animales y aves. El pueblo era uno de los mayores de la provincia y estaba dividido en once barrios o "linajes", cada uno con su propio alcalde indígena. En cada barrio había una ermita y se celebraba el santo de la advocación respectiva. También estaba el convento de los franciscanos. La producción parecía que sobraba: "El pueblo, aunque es de temple caliente como toda la provincia es de buen cielo y sanos aires, abundantísimo de gallinas, vaca, ternera y muchas diferencias de frutas de la tierra muy regaladas".

Existía en El Viejo activo comercio en manos de ciertos españoles. Estos tenían a cargo tambos y mesones, así como la contratación de indios de servicio, aprovechándose de los pasajeros que iban a embarcarse en El Realejo, o los que arribaban del Perú por ese puerto. Algunos de los recién llegados eran "chapezones", españoles pobres acogidos a la hospitalidad de las autoridades del pueblo, que les proporcionaban alimentos e indios de servicio:

^ Hacen de comer tortillas de maíz, que es el pan ordinario de esta provincia y así con poca costa se sustentan, porque con un real compran dos arrobas de vaca, chorreando manteca, y con otro compran dos celemines de maíz con que también tienen pan para muchos días, y para la fruta de que hay grande abundancia de aguacates, plátanos, sapotes, guayabas, chiquisapotes, naranjas, limas, con ocho o diez cacaos la compran, y para guisar de comer loa indios les traen leña, de que hay cantidad por todas partes".

Los indígenas de El Viejo eran ladinos según fray Antonio, dando a entender que ya estaban aculturados e imbuidos en las costumbres españolas, especialmente en el uso de la vestimenta, incluyendo zapatos y botas que fabricaban del cuero de los venados, animal muy abundante en los alrededores.

A poca distancia estaba Chinandega, pueblo de muchos indígenas, "[...] abundante de maíz y todas las frutas de la tierra, que parece un pedazo de paraíso". Llamó la atención al fraile la devoción de los indígenas del pueblo, muy atentos a las cosas litúrgicas, pues mantenían la iglesia bien adornada y cantaban la misa con instrumentos musicales. Los mercedarios del convento de Posoltega atendían también la doctrina en Chichigalpa. En los alrededores de estos pueblos se sembraba el agave (penca), cacao, achiote y vainilla. Por todo el corregimiento había ingenios de azúcar y obrajes de añil, productos que eran consumidos localmente o enviados al Perú.

El Realejo tenía unos cien vecinos al tiempo de la visita de Vázquez, con iglesia y tres conventos, (de franciscanos, mercedarios y jesuitas). Había también un hospital y varias ermitas. Aunque las casas del pueblo no estaban a la orilla del mar, éste crecía durante la pleamar en tal forma que embarcaciones pequeñas penetraban por el estero para atracar directamente junto al pueblo. Poseía además varios astilleros surtidos con excelentes maderas, algunas traídas desde Cosigüina, resistentes a la broma que carcomía el casco de las embarcaciones en los cálidos mares tropicales.

El negocio de la brea que cargaban en el puerto rumbo al Perú era muy floreciente. La extraían de los pinos de Segovia a razón de 20 reales por quintal; se vendía en aquel país a más de 12 pesos, ocupándola para calafatear barcos y en la industria de toneles en los viñedos.

El corregimiento de Cuasualguaque comprendía, además del pueblo de Quetzalaguaque, los de Telica, Subtiaba y la nueva ciudad de León. En Subtiaba residía el corregidor; en los alrededores se cultivaba la penca para la industria de la jarcia y el velamen, así como el añil. Sobre el Camino Real, "[...] a dos tiros de mosquete de Sutiaba", se levantaba la nueva León. Cuando fray Antonio pasó por ella, apenas había cumplido tres años de existencia, lo cual explica la brevedad de su comentario: "La nueva ciudad de León tendrá 80 vecinos españoles con iglesia Catedral, que la asisten algunos prebendados, porque el Obispo vive de ordinario en Granada de donde dista 24 leguas; hay en ella convento de Nuestra Señora de la Merced".¹⁹

La observación del fraile sobre la destrucción de León Viejo es un valioso testimonio del fin de aquella ciudad, fundada por Hernández de Córdoba. Fray Antonio visitó las ruinas y el aposento donde mataron al obispo Valdivieso. La prosperidad de la nueva ciudad la interpretó como un acto de perdón y de clemencia divina.

Continuó el fraile carmelita su peregrinación a pie y pasó por Nagarote a nueve leguas de León y luego, bajando una cuesta, llegó a Mafia-re de las Mojarras, así llamado por los hermosos "guapotes" (*Cichlasoma managuensis*) que se pescaban en el lago, de los cuales se compraban 18 ó 20 por un real, "[...] que son tan grandes como besugos". En esta misma localidad atestiguó el cronista — estando de regreso en Nicaragua en 1621— el infortunado suceso de una indígena tragada por un lagarto, de los que abundaban en las aguas del lago de Managua.²⁰

¹⁹ El obispo Pedro de Villareal apoyó el traslado de la ciudad, en 1609, luego de ser destruida por un terremoto, pero continuó residiendo en Granada. La primera catedral de León Nuevo fue comenzada en 1620 por el obispo Benito de Baltodano. Este templo fue demolido en 1746 para dar lugar a la actual catedral, cuya construcción duró más de setenta años.

²⁰ El trágico episodio fue referido en el capítulo VII.

Cinco leguas más adelante llegó el fraile al pueblo de Managua, pasando por tierras planas donde se alternaban bosques y huertos con estancias de ganado y plantaciones de añil. Todo lo que dijo de Managua fue lo siguiente:

[...] el pueblo es grande de mucha amenidad y regalo; suele asistir en él el Corregidor que provee el presidente de estas provincias. Lábrase en él cantidad de carmín, jarcia para navíos; viven en él muchos españoles, y en los tambos o ventas hay mercaderes que llaman quebrantahuesos o mercachifles, por ser sus caudales cortos. Venden entre los indios ropa de la tierra y de España, sombreros, cuchillos y otras menudencias; cacao, que les sirve de moneda, rescatan y truecan unos géneros por otros. Cógese en este pueblo cantidad de maíz, frijoles, con otras semillas y legumbres; hay abundancia de pescado, que pescan de la laguna la cual dista de la grande donde desagua menos de 100 pasos (?), aunque esta laguna tiene más de 25 leguas de circunferencia. Hay en este pueblo muchas frutas de la tierra regaladas, y aunque es de temple caliente es sano de suelo arenisco".

Como otro "pedazo de paraíso", calificó al siguiente pueblo: Nindirí, con su riqueza frutal, donde se fabricaban mecates y lonas de algodón para las velas de los navíos del Perú. Asombró al fraile la forma como sus pobladores y los de Masaya bajaban por agua a la profunda laguna de las inmediaciones. Masaya también gozaba de gran amenidad y regalías de la tierra, dedicándose a la cordelería y fabricación de lonas de algodón. En el negocio "los Corregidores se enriquecen", señala fray Antonio en una obvia alusión a la máxima autoridad de Monimbó, pueblo vecino y cabecera del corregimiento. Formaban parte de su jurisdicción los pueblos de Niquinohomo, Nicaragua de Los Indios (hoy San Jorge) y otras poblaciones nativas según el mismo autor.

A cinco leguas de Masaya estaba Granada, poblada por unos 250 vecinos españoles cuando Vázquez de Espinosa la visitó, sin contar con la gente de servicio", (indios, negros y mulatos), que vivían en el pueblo vecino de Agaltega (Jalteva?). Además de la iglesia mayor Granada contaba con tres conventos, un hospital y varias ermitas. La población gozaba de la misma salud y prosperidad de la provincia, porque además de puerto lacustre con acceso al Mar del Norte:

"La ciudad es abundante de mantenimientos y barata, y aunque por ser de temple caliente no se coge en ella trigo, se traen harinas de la ciudad de Cartago de Costa Rica; hay muy buenas gallinas, vaca, ternera, abundancia de mojarras y otros pescados que se pescan en la laguna, y valen muy baratos, mucho maíz, frijoles y otras semillas y legumbres así de la tierra como de Espada, y muchas frutas regaladas de la tierra y algunas de las de Espada".

En los alrededores de Granada existían ingenios de azúcar, plantaciones de cacao y estancias de ganado mayor. La ciudad comerciaba con Cartagena y Portobelo que la abastecían en intercambio con mercaderías españolas.

Religiosidad indígena

Los primeros cien años a partir de la conquista española significaron un lapso suficiente para imprimir en las sociedades indígenas de América Central un profundo sentimiento religioso, como consecuencia de la labor cotidiana de los frailes. La conversión evangélica se hizo sentir en aquellas comunidades más directamente sujetas al dominio español. Franciscanos, mercedarios, dominicos, agustinos, carmelitas y jesuitas rivalizaban en el rescate de las almas mientras los conventos florecían en cada uno de los pueblos donde los castellanos tenían representatividad.

Las mismas autoridades civiles hacían mérito en sus esfuerzos por conquistar apartadas provincias, alegando como primer móvil la necesidad de cristianizar a los indígenas infieles, los cuales no siempre aceptaron la imposición española, como sucedió más allá de Segovia y Olancho, donde incluso fueron sacrificados algunos franciscanos a manos de los propios indígenas, a los que se intentó convertir en las primeras décadas del siglo XVII.

Hablando sobre el carácter de los indígenas, Antonio Vázquez de Espinosa los consideraba flemáticos e ingeniosos, con gran facilidad para imitar y aprender todo lo que veían hacer a los españoles, especialmente en el ejercicio de las bellas artes. Aprendieron a cantar música sacra, amenizar con sus flautas, chirimillas, sacabuches y otros instrumentos nativos los oficios religiosos y a celebrar con pompa las festividades señaladas en el calendario católico. Entre las virtudes atribuidas a ellos, fray Antonio señala:

'Son muy diligentes y curiosos en adornar una iglesia y componerla de muchas floreos y curiosidades... abrazan los más de ellos de tal suerte las cosas de nuestra santa fe que sólo el mal ejemplo que les damos, es causa que no haya entre ellos grandes santos... Cuando llega el sacerdote a sus pueblos lo reciben con música y fiesta, con arcos de flores y repiques de campanas. Las indias salen con sus niños en los brazos, para que los sacerdotes les echen la bendición; si hay fiesta solemne, salen los principales con ramilletes de flores en las manos, de los cuales hacen presente al religioso o sacerdote que reciben, y todos por donde pasa le echan mucha juncia y flores, que todo es para alabar a Dios'.

Las manifestaciones religiosas de los indígenas, en especial su comportamiento sumiso frente a los frailes, fue interpretado como un acto de adulación y fanatismo estimulado por los mismos religiosos, según un dominico

renegado, quien ejerció misión en Guatemala veinte años después que Vázquez de Espinosa visitara la región. El dominico describe el carácter de los indígenas de América Central como cortés y afectivo, aunque de naturaleza timorata; serviciales y obedientes si bien tratados, retrecheros y díscolos si tiranizados. "Gente de entera confianza —escribía— pues no se les conoce por ladrones, sino por la fidelidad a los amos que bien les tratan. Con los curas se muestran zalameros y cuando los abordan lucen sus mejores galas y estudian palabras y lisonjas para mejor agradarlos".

Criticando a sus antiguos cofrades y sin ocultar las pingües ganancias que por misas y sermones extrajo de los indígenas de su parroquia, el dominico confiesa sin ningún remordimiento, lo siguiente:

'Las iglesias están llenas de imágenes colocadas en sus andas, adornadas y pintadas, para ser llevadas en procesión en su día. De ésto resulta no poca ganancia para los curas, pues en tales festividades el mayordomo celebra una gran fiesta en el pueblo y paga al cura dos o tres —a veces cuatro o cinco— coronas por la misa y sermón, además de un pavo, tres o cuatro gallinas y tanto cacao como para hacer chocolate hasta la octava"²¹

Quien así se expresaba era Thomas Gage, fraile de origen inglés que desertó su ministerio en Petapa, un pueblo de indios Pocomanes cerca de Guatemala. Escapó furtivamente hasta Granada en busca de un barco que lo llevase a su patria, donde luego se convirtió en furibundo puritano, en una época cuando en Inglaterra campeaba el fanatismo religioso tan acendrado como en España. Su apostasía fue aún más lejos al denunciar a sus antiguos cofrades, que fueron encarcelados o condenados a muerte en base al testimonio que presentó Gage contra ellos, por el grave delito estatal de haber celebrado misa en Inglaterra.

El "Nuevo Examen de las Indias Occidentales"

Thomas Gage pertenecía a una de las pocas familias católicas de la Inglaterra de principios del siglo XVII. A los trece años fue enviado a un colegio de jesuitas en Flandes, siguiendo la tradición de sus hermanos en busca de una carrera religiosa. Pasó luego a Valladolid donde hizo sus votos como fraile dominico. En 1625 partió para México con otros cofrades, con la intención de misionar en las islas Filipinas. Una vez en el Nuevo Mundo decidió ejercer su ministerio en Chiapas, entonces parte en lo civil y religioso de la provincia de

²¹ Esta cita al igual que la anterior), las que siguen fueron tomadas del libro de Thomas Gage. (Ver Bibliografía).

Guatemala, donde en el siglo anterior había sido obispo otro dominico: fray Bartolomé de Las Casas.

Luego de residir por algunos años en el convento de la ciudad de Guatemala (entonces Antigua) ejerciendo doctrina entre los indios Cakchiqueles, fue destacado como párroco de los pueblos pocomanes, viviendo sucesivamente en Mixco, Pinola, Amatitlán y Petapa, donde llevó una vida bastante aislada de españoles y cofrades. Ya para entonces, en 1637, su deseo de retornar a Inglaterra se había incrementado y creyendo que su provincial no le concedería permiso optó por escapar, viajando anodidamente hasta Granada, donde esperaba encontrar transportación para España y luego a Inglaterra.

Cuando Gage logró al fin arribar a su país, se iniciaban las luchas entre católicos, anglicanos y puritanos; la espada de Damocles pendía sobre la cabeza de los curas católicos. Habiendo tenido diferencias con su superior, marchó a Roma a presentar su queja, aparentemente sin mucho éxito. Regresó a Inglaterra frustrado e inquietó, persistiendo en las intrigas, mientras su mente maquinaba la intención de pasarse con ventaja al bando de los puritanos. Finalmente, en 1642, renunció públicamente al catolicismo para luego participar en una serie de denuncias que llevaron a la horca a cientos de sus anteriores cofrades, incluyendo a su tutor de los días de Flandes.

Las denuncias del apóstata fueron recompensadas con la rectoría en una de las parroquias puritanas de Kent, donde contrajo matrimonio y llevó una vida un poco más sosegada, que le permitió escribir el libro *A New Survey of the West Indies*, (Nuevo Examen de las Indias Occidentales). La obra salió a luz en 1648. En ella Gage relata su vida controversia] y sus andanzas de fraile por las tierras mexicanas y centroamericanas.

Dejando a un lado los agrios comentarios religiosos que Gage expresa en su libro, propios de una mente asediada por dudas y conflictos, la narración en sí constituye un interesante testimonio sobre el estado y costumbres de los pueblos de América donde ejerció misión, en especial su relación con los indígenas de Guatemala, así como la descripción del entorno geográfico en que vivió o por donde anduvo. El enfoque tiene la gran ventaja de ser la primera versión —no española— de un forastero, de los poquísimos que la corona española permitió residir en sus colonias del Nuevo Mundo.

Refiriéndose a los propósitos que posiblemente animaron a Thomas Gage para escribir su interesante libro, uno de sus críticos —J. Eric S. Thompson— comenta lo siguiente:

'De haber retirado todos los comentarios en contra del catolicismo romano, hubiera invalidado con ello las dos principales razones para escribirlo: Primero, convencer a los puritanos que controlaban Inglaterra, al tiempo que el libro se publicó en 1648, que él había renunciado por completo a

sus anteriores ritos y creencias papistas y que, según el espíritu de la época, la mejor forma de demostrar su sincera conversión fue aceptando inculpar gratuitamente a sus antiguos cofrades. Segundo, promover la teoría que las posesiones españolas en la mayor parte de América podían ser fácilmente capturadas por una nación de empresa como era Inglaterra, basándose en la ausencia casi completa de defensas y fuerzas militares en muchas de las partes que visitó, señalando cuidadosamente casos específicos y manteniendo que los indios, negros y mulatos habían sido tan explotados por la iglesia católica romana y por los terratenientes, descendientes de los conquistadores españoles, que saludarían con los brazos abiertos a las fuerzas libertadoras de Inglaterra.²²

Entre las razones sugeridas por Gage para apoderarse de algunas colonias españolas el ex-fraile expuso, desde luego, un pretexto religioso: T...] rescatar América de las manos de los españoles pecadores", como una obligación sacrosanta de los puritanos ingleses, con el fin de erradicar de esa tierra las depravaciones, "con lo cual Dios sería agrado". El argumento fue presentado **por Gage en una carta que enviara en 1654 al entonces "hombre fuerte" de Inglaterra, Oliver Cromwell.** En ella lo alentaba a tomar acciones para liberar América "de los españoles depravados", sugiriéndole concretamente que Chiapas y Guatemala deberían ser los primeros blancos del poderío inglés.

Pero antes de proseguir con las consecuencias de tales intrigas, es necesario abrir un paréntesis para relatar la "escapada", de aquel inquieto fraile dominico por las tierras de América Central.

La égriga de Guatemala a Nicaragua

En enero de 1637 Gage abandonó furtivamente la parroquia de Petapa, situada a unas cinco leguas al oriente de la ciudad de (Antigua) Guatemala; esperaba llegara Granada a tiempo para' embarcarse en una de las fragatas que lo llevarían a España por la vía de La Habana. La nostalgia por los 23 años de ausencia de Inglaterra, cuyo idioma ya casi había olvidado, pareció ser el motivo de su planificada fuga. Envió adelante sus cofres, cargados de ganancias acumuladas tras largos años de misas y sermones, confiándolos a un sirviente indígena con la instrucción de esperarle en el paso del río Lempa.

Abandonando su parroquia al filo de la medianoche, con la sola compañía de un mulato fiel, cabalgaron en sendas mulas por el camino de San Salvador. El fraile fugitivo se desvió un tanto para evitar la ciudad, donde existía un convento de dominicos y vivían ciertos frailes que podían reconocerle. Al cabo de dos días

²² Ver Thomas Gage's Travels in the New World (Bibliografía). Los datos biográficos de Gage fueron tomados de esa obra.

cruzaba el Lempa y se sintió aliviado. El comentario sobre el río, como límite de la jurisdicción de Guatemala por donde escapaban los que tenían cargos de justicia, permite entrever la subconsciente alegría del fraile cuando hubo alcanzado la otra orilla.

Después de pernoctar en San Miguel decidió Gage cruzar el golfo de Fonseca, enviando nuevamente al sirviente con su preciada carga por el camino de Choluteca, para no exponerla al riesgo de un naufragio, mientras él y su mulato viajaban en canoa a través del golfo.

Una vez reunidos en El Viejo, los tres viajeros fueron a El Realejo con la esperanza de encontrar algún barco. Ahí supo el fraile del posible arribo de un galeón en el plazo de quince días. Encontró también que las fortificaciones del puerto estaban muy mal resguardadas. Sin querer esperar por la embarcación, tomó la decisión de continuar el viaje hasta Granada en busca de otra oportunidad y siguió en su fuga cabalgando por el Camino Real de Nicaragua: "Del Realejo a Granada —escribió después Gage— no observé sino un camino plano y placentero, y en él los frutos y fertilidad de todas las cosas que bien hacen de Nicaragua el Paraíso de América".

El dominico comenta su llegada a León, que para entonces había cumplido un cuarto de siglo de existencia en su nuevo asiento. Según observó, la nueva ciudad se levantaba junto a un volcán de fuego que en tiempos pasados explotó en la cumbre produciendo mucho daño. Desde entonces la actividad había menguado para tranquilidad de los habitantes, sin más señas que la emisión de un poco de humo.²³

La ciudad le causó impresión por el gusto y comodidad de sus moradores, a juzgar por el siguiente párrafo:

[...] está construida en forma muy curiosa, pues el principal deleite de sus habitantes se encuentra en sus hogares, en lo placentero de los alrededores y en la abundancia de todas las cosas para el buen vivir del hombre, más que en cualquier riqueza extraordinaria, que allí no sería tan disfrutable como en otras partes de América. Se conforman con sus bellos jardines, poblados de aves canoras y papagayos, y disponen de carne y pescado suficientes —que son baratos— y de elegantes casas que invitan a una vida deleitosa, de ocio y despreocupación, sin interesarse en el comercio y el tráfico, no obstante tener cerca el lago por donde salen por lo común algunas fragatas todos los años hacia La Habana por el Mar del Norte y del Realejo por la Mar del Sur, pudiendo ser muy cómodo para

²³ Posiblemente se refería a uno de los dos volcanes, Telica o San Cristóbal, que Gage también confunde con el de Masaya, al atribuirle que fue explorado por un fraile que entró al cráter con un perol de hierro para sacar oro.

ellos establecer un rico comercio con el Perti, o con México, si su ánimo les impulsara hasta allí. Los señoritos de esta ciudad son casi tan banales y pretensiosos como los de Chiapas. Debido a los placeres que brinda la ciudad, los españoles llamaron a esta provincia *El Paraíso de Mahoma*".²⁴

Continuaron los viajeros por el Camino Real que enlazaba León con Granada, empleando en el trayecto dos días. Gozaba el fraile con las amenidades del paisaje, pero más con la acariciada idea de verse pronto desembarcado en Dover o ingresando a Londres. Una vez en Granada, procedió a despedir y remunerar al indígena que había escoltado su precioso tesoro, el cual regresó a Guatemala acongojado de no volver a ver a su amo. El otro compañero de viaje, el mulato, se negó a retornar hasta no verle embarcado. Ahí mismo negociaron las cansadas mulas que trajeron de Petapa. De buena gana se hubiera hospedado Gage en la ciudad, de no ser por el temor de ser reconocido por cierta gente que había arribado de Guatemala, conduciendo una recua de mulas con cargamento de añil y cochinilla para ser embarcado en el puerto rumbo a España. Temerosos de ser identificados por alguien de aquella partida decidieron, fraile y mulato, buscar refugio en un pueblo indígena cercano, atentos a la llegada en quince días de las ansiadas fragatas.²⁵

La prosperidad de Granada al descubierta

Granada gozaba en aquellos días de floreciente progreso. Tenía tres conventos muy ricos —según opinión de Gage— ninguno de los cuales era, para su felicidad, de dominicos. La iglesia parroquial era suntuosa, atendida por el obispo de León que residía en Granada. El fraile menciona: "Zas casas son mejores que las de León y el pueblo de más habitantes, donde residen varios comerciantes muy ricos, y otros un tanto menos pero pasables, que negocian con Cartagena, Guatemala, San Salvador, Comayagua, y por la Mar del Sur con Panamá y Perú".

Comenta también el fraile que Granada se convertía en una de las ciudades más opulentas de América en el tiempo de la salida de las fragatas. Los comerciantes de Guatemala preferían este puerto lacustre para enviar sus productos a Cartagena, en lugar de La Habana, en cuya ruta merodeaban piratas holandeses. En varias ocasiones el tesoro del rey y otros tributos para la corona fueron enviados a Cartagena por la vía del lago de Nicaragua y su desagadero.

²⁴ Este calificativo aparece la primera vez mencionado por Benzoni, ciertamente mucho antes que se fundara León Nuevo. También se le atribuye a Pedro Pizarro, primo del conquistador del Perú.

²⁵ El pueblo que les sirvió de escondite fue posiblemente Dirí, porque según la descripción de Gage distaba una legua de Granada por un camino de subidas y bajadas, (las lomas de Apoyo), y estaba rodeado de pueblos visitadas por mercedarios.

Para dar idea del activo comercio del puerto, Gage presentó la siguiente observación:

"[...] en un día entraron seis recuas (por lo menos trescientas mulas) de San Salvador y Comayagua únicamente, cargadas con nada más que añil, cochinilla y cueros; dos días después vinieron tres más de Guatemala. Una venta cargada de plata, como tributo de ese país al Rey, la otra con azúcar y la tercera con añil".

La salida por el río San Juan no era sin embargo tan expedita, según se supo, por las repetidas cargas y descargas que sufrían los barcos al pasar por los raudales, además de los mosquitos y el sofocante calor que extenuaba a los pasajeros.

A los pocos días llegó noticia de Guatemala anunciando que las fragatas habían suspendido el viaje por temor a los corsarios que rondaban por la bocas del río y que el presidente de la Audiencia no deseaba exponer el tesoro del rey en manos de los bucaneros. La noticia cayó como un balde de agua fría sobre el impaciente fraile y afectó también a otros pasajeros que esperaban confiados el arribo de los barcos. Gage se despidió del mulato y dándole alguna remuneración lo convenció para que retornase a Guatemala. Luego convino con otros tres viajeros españoles probar una salida por Cartago, habiéndose informado que por el río Suerre (hoy Pacuare), salían de vez en cuando pequeñas embarcaciones a Portobelo.

Una vez decididos a probar suerte por ese lado, dejaron atrás Granada y siguieron el camino costero del lago de Nicaragua por dos días, pasando por "[...] pueblos agradables, el campo sombreado y las frutas abundantes por doquier". En uno de los charcos que deja el lago en estiaje observaron lo que a primera vista parecía un tronco semihundido en el agua. Al aproximarse, el leño se movió súbitamente, revelando ser un enorme lagarto, que se abalanzó sobre la cabalgadura de Gage. Uno de los viajeros gritó, indicándole que corriera en zigzag para evadir al saurio, (cuyo pesado cuerpo el animal no puede tornar tan presto), escapando así el asustado fraile de las hambrientas fauces del monstruo.²⁶

Luego de perder de vista el lago, cruzaron los viajeros un territorio de tortuoso relieve, (serranías de Ostional), y continuaron el viaje entre sabanas desiertas, bosques frondosos y quebradas montañas; en fin, "nada que valiera la pena referir a la posteridad", según escribe Gage.

Después de sortear muchos peligros arribaron sanos y salvos a Cartago. Marcharon a la desembocadura del Suerre y se embarcaron en una pequeña fragata que llevaba provisiones a Portobelo. La decisión no pudo haber sido peor:

²⁶ Este episodio se produjo seguramente en el charco de ñocarime o Songozama, donde también el cronista Oviedo había observado lagartos un siglo antes que Gage.

apenas salidos al mar fueron asaltados por un capitán mulato al servicio de corsarios holandeses. El avaro fraile palideció de terror y comenta el incidente sin tapujos:

“Ya veo mi tesoro de perlas, piedras preciosas y doblones de oro, que había obtenido tras doce largos años de sermones y misas, listos a perderlos en menos de media hora de lloriqueos, como presa segura de éstos que con mayor facilidad que yo lo adquirirían y que entre risotadas vinieron a despojarme de todo aquello que yo había amasado con el sonido de las flautas, músicos y órgano por tanto tiempo. Me vi forzado y obligado a entregar aun holandés todas aquellas ofrendas que a los santos ofrecieron los supersticiosos indios de México, Pinola, Amatitlán y Petapa y que por un tiempo me habían hecho rico”.

Obligados a regresar a Cartago con las bolsas vacías, los infortunados viajeros supieron de un barco procedente de Panamá que con frecuencia surtía para cargar sal en la bahía de Salinas sobre la costa del Pacífico. Con algunos doblones que pudo salvar de los piratas, más las limosnas que obtuvo en el pueblo de Nicoya por confesiones y comuniones de cuaresma, Gage continuó el viaje por barco. Después de otras tantas peripecias sufridas en alta mar, con fuertes vientos alejándola de la ruta, logró la embarcación atracar en Panamá finalmente. De ahí se dirigió Gage a Portobelo atravesando el istmo.

Portobelo era también un próspero puerto, donde anclaban las fragatas de La Habana, Veracruz y Cartagena. Su bahía estaba bien defendida por temor a los piratas que infestaban las aguas del Caribe. En un solo día Gage observó el arribo de 200 mulas cargadas de plata del Perú. La travesía a Cartagena fue muy angustiosa, perseguida la flota española por los bucaneros, que se contentaron con la captura de dos barcos rezagados.²⁷

Después de gastar un tiempo en aquel puerto lograron las naves evadir a los corsarios y arribar con seguridad a La Habana. Otra espera fue necesaria, aguardando la flota que venía de Veracruz para zarpar juntas y escoltadas hacia España. En diciembre de 1637, casi al año de haber escapado de Petapa, llegó el fraile a San Lúcar de Barrameda, donde pudo dormir tranquilo después de tantos meses de sobresaltos.

El legado de Thomas Gage

²⁷ En tiempos del gobernador Artieda y Chirinas, (1576), los piratas hablan capturado un barco español por esos rumbos y castrado a dos frailes que en él viajaban.

El libro de Gage puso al descubierto la riqueza y también la vulnerabilidad de las colonias españolas en América. También mostró a los bucaneros el promisorio botín que podrían obtener en Granada, así como la indefensa posición de El Realejo y la vecina ciudad de León, lugares que hasta entonces habían escapado de la rapacidad de los corsarios.²⁸

Habiendo asegurado el poder de Inglaterra, Oliver Cromwell se interesó vivamente en el relato y la propuesta de Gage y eligió La Española (isla de Santo Domingo) como el primer blanco de la expansión inglesa en el Nuevo Mundo. A finales de 1654 la flota inglesa conquistadora salió rumbo al Caribe, llevando al apóstata Thomas Gage como capellán.

Las fuerzas en La Española lograron contener el embate de los ingleses, cobrándoles muchas vidas, sin que los negros de isla —que eran la esperanza de Gage— se sublevaran contra sus amos. Mejor suerte tuvieron los invasores en Jamaica, a la que capturaron sin dificultad. Con esta acción Inglaterra había asegurado un pie entre las posesiones españolas y obtenido una excelente base de operaciones para lanzar nuevas ofensivas expansionistas hacia tierra firme, desde Florida hasta Maracaibo.

En Jamaica continuó Thomas Gage alentando nuevas incursiones hasta 1656 cuando murió, sin haber presenciado —y seguramente disfrutado— el avance de los piratas, cuya rapacidad había excitado señalándoles el camino entre las páginas de su libro.

Nicaragua se presentó como uno de los objetivos más prometedores. En efecto, en 1654, el mismo año de la ocupación de Jamaica, piratas ingleses subieron por el río Coco y atacaron la ciudad de Segovia, (hoy ciudad Antigua), siendo la primera de varias incursiones vandálicas que esta población tendría que sufrir por los siguientes cien años. Después vinieron los asaltos a Granada por los piratas Davis, Gallardillo, Townley y Grognet, así como a León y El Realejo por parte de Dampier y su pandilla.

En efecto, entre los años 1665 y 1685 se intensificaron las incursiones vandálicas de los piratas, como un legado terrible que dejó a su paso por Nicaragua aquel fraile renegado, intrigante y vengativo, cuyos elogios a la bondad y riqueza de la tierra sólo sirvieron para atizar la codicia de los sanguinarios aventureros. Los corsarios no hicieron más que dar expresión concreta a las ocultas y apasionadas intenciones de aquel religioso [controversia], tan hábil en

²⁸ Troy S. Floyd en su compendiado libro *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia*, página 29, esaibe: 'El famoso fraile inglés, Thomas Gage, habla visto estas riquezas entrando a Granada y sus descripciones sobre la prosperidad y debilidad españolas eran del conocimiento común en tiempos de los bucaneros. Granada resulte, ser, en ciertos años, un excelente botín'. (Traducción literal del autor).

despojar a los indígenas de Guatemala como los corsarios a los españoles de Nicaragua.

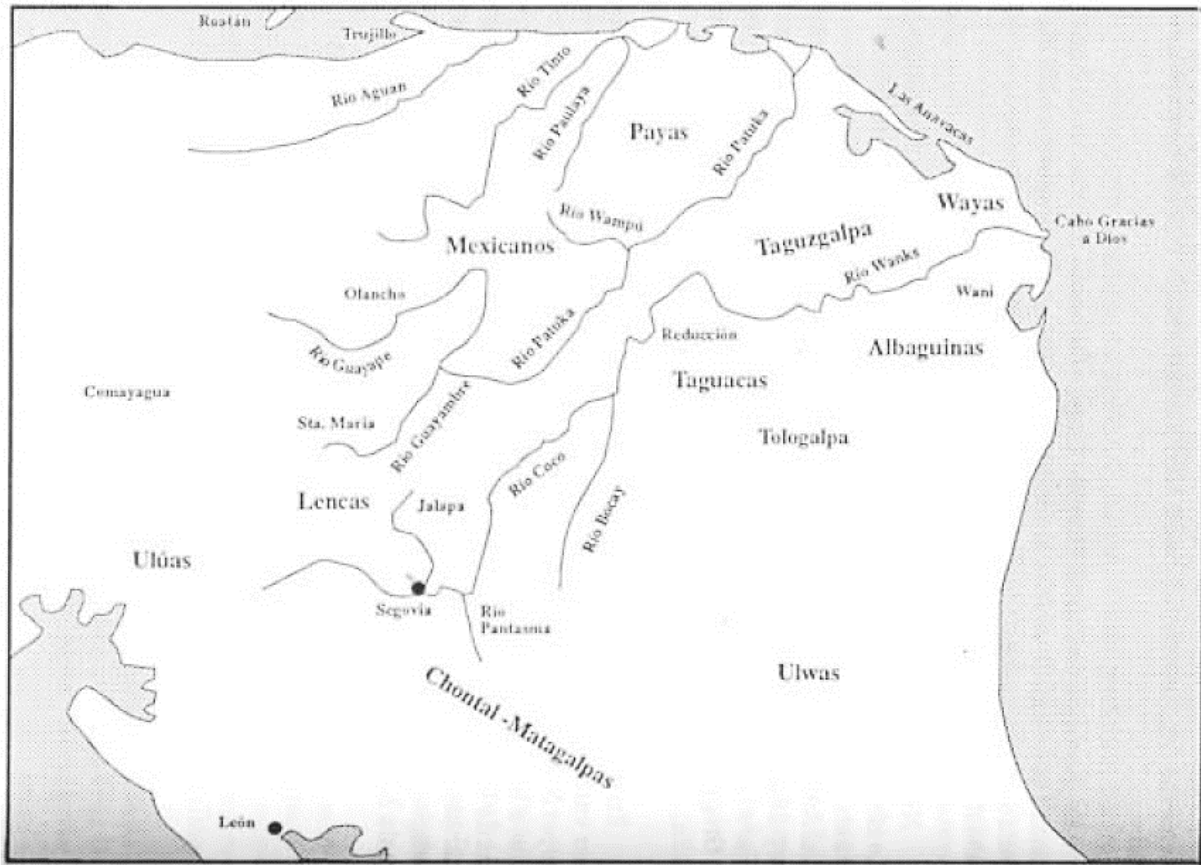


Figura 28.- Lugares, ríos y tribus de la Taguzgalpa y la Tologalpa a principios del siglo XVII.

